

584213000001 CES XIX 6044

# EL MERCADER FLAMENCO.

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA Á NUESTRO TEATRO

POR

Don Isidoro Gil.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,  
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1841.



PERSONAS.

ORDOÑEZ, *mercader.*

EL CONDE.

EL ALFEREZ ACEVEDO.

CARLOS, *sobrino de Ordoñez.*

UN ALGUACIL.

LA CONDESA.

ELENA, *hija de Ordoñez.*

GERTRUDIS, *ama de gobierno de Ordoñez.*

*La accion pasa en Madrid.*

Este comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de D. Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.





## Acto primero.

Una tienda de sedería en los portales de Guadalajara. Gran puerta al foro, que da á la calle. Otra mas pequeña á la derecha, que corresponde á las habitaciones interiores. Escalera de caracol á la izquierda. Al redor de la tienda, mostradores con varios dominós y telas de seda.

### ESCENA PRIMERA.

ORDÓÑEZ, poco despues GERTRUDIS, con una escoba en la mano.

(Al levantarse el telon se oyen las seis.)

Ordoñez. (*Bajando por la escalera.*) Las seis! y todavia no hay nadie levantado en la casa mas que yo.

Gertrudis. Y yo, maese Ordoñez, hasta ahora no tengo noticia de que nadie me haya acusado de perezosa.

Ordoñez. Es verdad, honradísima Gertrudis; eres una dueña puntual como un reloj. Amiga mia, es que nosotros hemos sido educados en mejores tiempos... Todo va degenerando!... Ya se perdieron aquellos comerciantes antiguos, dignos de ser colgados por muestra al frente de sus tiendas... Tan morigerados, tan metódicos, tan exactos!... mi padre pertenecía á esa raza privilegiada, y siempre que su amigote, el relojero de villa, le veia atravesar por la plaza, arreglaba sus calderos por él.—La juventud de hoy no vale un maravedí.—Con que ni Elena ni Carlos estan levantados á la hora que es?



*Gertrudis.* Son jóvenes y necesitan dormir mas que nosotros.  
*Ordoñez.* Por lo que hace á Elena, no digo que no; es tierna y delicada, el descanso no puede menos de hacerla provecho; pero ese bigardo de Carlos...

*Gertrudis.* Pobre muchacho! tambien él necesita descanso!  
*Ordoñez.* Quién, ese calavera? tan haragan, tan quimerista... No te acuerdas como molió las costillas el otro dia en la calle á un mozallon cuatró veces mas gordo que él? Un mozo que descarga unos puñetazos capaces de matar á un buey; debe tener de sobra con siete horas de sueño. Pero el señorito pasa las noches leyendo comedias, novelas, un atajo de desatinos... Carlos es un abandonado.

*Gertrudis.* Un abandonado!

*Ordoñez.* Te atreverás á decir que es un buen mercader?

*Gertrudis.* Es un buen muchacho.

*Ordoñez.* Y es oficio el ser buen muchacho?

*Gertrudis.* Eh! el pobre joven no tiene necesidad de matarse... vuestra herencia no debe de ser despreciable; se casará con su prima.

*Ordoñez.* No dices mal, por vida mia. — Se casará con ella y la hará dichosa. No es verdad, Gertrudis?

*Gertrudis.* Que si la hará dichosa?... Cómo qué!... quisiera yo oir decir á alguno que no la hará dichosa! (*Apoyándose sobre el mango de la escoba en ademán de amenaza.*)

*Ordoñez.* Sosiégate y barre.

*Gertrudis.* (*Volviendo á barrer.*) Habráse visto!

*Ordoñez.* Ea, ea, por Dios, que eres insufrible cuando empiezas, Gertrudis... Se acabó, en esta casa todo el mundo se pone de su parte. Ese diablo de chico os tiene hechizadas!... Qué tal van mis tulipanes?

*Gertrudis.* Ayer noche cuando me fui á acostar los dejé muy buenos... el condestable y la emperatriz de la China sobre todo, estaban lozanos y hermosos.

*Ordoñez.* Dentro de un rato iremos á verlos. — Cuando esos diablos de muchachos hayan bajado... vete entretanto á tus quehaceres. (*Fase Gertrudis por la derecha.*)



## ESCENA II.

ORDOÑEZ, solo.

Mientras baja ese picaro sobrino echemos una mano á las cosas que hay por aqui encima... no es bueno desperdiciar el tiempo. Vamos andando; por si ó por no voy á medir esta pieza de brocado que me vendió ayer aquel judío genovés. Dónde anda la vara?... calla, no está por aqui.

## ESCENA III.

ORDOÑEZ. ELENA.

*Elena. (Sale por la puerta de la derecha.)* Buenos dias, padre mio.

*Ordoñez.* Buenos dias, hija. Sabes dónde está mi vara? (*Ordoñez pasa á la izquierda.*)

*Elena.* No señor.

*Ordoñez.* Donde diablos habrá ido á parar?... Has dormido bien?

*Elena.* Muy bien, padre mio. Y vos?

*Ordoñez.* Perfectamente... es decir, no; á eso de media noche me ha despertado un estrépito espantoso que he oido en la calle... debia de ser alguna riña, segun el ruido.

*Elena.* Esta noche? en nuestra calle?... Y Carlos, cómo está?

*Ordoñez.* Todavía no se ha levantado; es un perezoso!

*Elena.* Ah! ya sabeis que es el último que se acuesta, padre mio. Ayer se quedó trabajando hasta muy tarde.

*Ordoñez.* Entonces él debe saber dónde está mi vara... Si no la encuentro, que se prevenga, y librole Dios que se haya perdido.

*Elena.* En primer lugar aun no se sabe si se ha perdido; pero aun cuando fuese así, estoy cierta de que él no habia de tener la culpa.

*Ordoñez.* Por qué?

*Elena.* Por qué?... toma, porque hay ladrones en el mundo... y sin ir mas lejos, ayer vi rondar todo el dia por esta calle á un hombre sospechoso, moreno de cara, con



unos bigotes muy grandes y una espada , oh ! una espada que no se la veia el fin.

*Ordoñez. (Pensativo.)* Oiga ! Qué buscará ese hombre por aquí ?

#### ESCENA IV.

DICHOS. GERTRUDIS.

*Gertrudis.* Ay , señor mio de mi alma ! Ay , señorita ! qué desgracia !... Si supierais en qué estado se hallan vuestros tulipanes !...

*Ordoñez.* Qué dices ?

*Gertrudis.* El condestable está partido por enmedio y la emperatriz de la China no tiene cabeza.

*Elena. (Riendo.)* Ah ! y esa es la gran desgracia ?

*Ordoñez.* Tienes valor de reirte de ello , malas entrañas !...

Pero estás segura de lo que dices , Gertrudis ?

*Gertrudis.* Segurísima ! Venid á verlo vos mismo.

*Ordoñez.* Dios mio ! Qué desgracia ! unos tulipanes que me han costado cuatro ducados cada uho. *(Vase corriendo con Gertrudis.)*

#### ESCENA V.

CARLOS. ELENA.

*Carlos. (Bajando por la escalera y aparte.)* Nunca olvidaré lo que habeis hecho por mí , me dijo. Callé , y la besé la mano ; cómo volverla á ver ?

*Elena. (Aparte.)* Qué pensativo viene ! *(Alto.)* Buenos días , Carlos.

*Carlos.* Ah ! eres tú , Elena !... Cómo estás ?

*Elena.* Sospecho que mejor que tú.

*Carlos.* No tengo novedad alguna.

*Elena.* Pero qué mal arreglado vienes !... Traes los lazos medio arrancados.

*Carlos. (Algo turbado.)* Es que... que...

*Elena.* Mis miedos tengo de que hayas hecho alguna otra escapatoria nocturna... pero despues de las diez no has podido reñir con nadie como no haya sido con los gatos en el tejado. *(Carlos hace un movimiento negativo.)* Vamos , no mientas ; yo no te pido que te franquees conmigo , pe-



ro no veo por qué has de engañarme á mí, á tu prima, á la que no tiene para tí mas que un defecto, el de amarte.

*Carlos.* Elena!

*Elena.* Aguarda; es preciso reparar ese desorden; si mi padre te viese así, te regañaría. (*Carlos se sienta.*)

*Carlos.* Pobre Elena mia! Siempre te hallo dispuesta á disculparme. (*Coge una aguja é hilo y empieza á componer el vestido de Carlos.*)

*Elena.* Una cosa es la única que no puedo perdonarte.—Vamos, no te muevas, me haces torcer...—la de estar triste.

*Carlos.* No estoy triste.

*Elena.* Sí tal, sí tal... Eres un mal hombre!...—Estate quieto si puedes...—Te fastidias en nuestra compañía?

*Carlos.* Ah! prima mia, cómo has podido suponer?...

*Elena.* No hay cosa que no se deba suponer con un calavera como tú... Oh! yo te arreglaría si fuese tu muger!

*Carlos.* (*Aparte.*) Mi muger! ah! ocultémosla que no es á ella á quien amo. (*Carlos se levanta.*)

*Elena.* Crees que si no te quisiese como á un hermano, me espondría á cada instante al enojo de mi padre, y estaría inventando siempre mentiras para disculparte.

*Carlos.* (*Cogiéndola la mano y besándola.*) Querida Elena mia! te juro que en adelante seré mas juicioso.

*Elena.* (*Rompiendo el hilo y pinchándose un dedo con la aguja.*) Ay!

*Carlos.* Te has pinchado? (*Con interés.*)

*Elena.* Tienes unas cosas... Chit!... arréglate un poco... aqui viene mi padre... Dios nos tenga de su mano. (*Elena se separa de Carlos, que se da prisa á asegurar lo mejor que puede las cintas del vestido.*)

## ESCENA VI.

DICHOS. ORDOÑEZ.

*Ordoñez.* (*Con dos tiestos de tulipanes muy mal parados.*)

Es increíble, atroz, inaudito! haberme estropeado unos tulipanes tan hermosos!... estamos en un tiempo en que no se respeta nada, como soy Ordoñez!... no falta mas sino que allanen las iglesias y saqueen las tiendas. (*Co-*



*loca los dos tientos sobre el mostrador.)* Si cogiese entre mis manos al pícaro que ha cortado la cabeza á la emperatriz de la China!... Vamos, me va á dar un arrebatito! (*Durante las líneas que preceden, Carlos se mueve como quien está violento, y Elena le mira con inquietud; Ordoñez continúa al verle.*) Ah! ya ha parecido usarced, gracias á Dios! (*Yendo hácia él con los brazos cruzados.*) Dónde está mi vara?

*Carlos.* Vuestra vara, tío mio?

*Ordoñez.* Sí, mi vara de medir!... la vara hermosa que me legó mi padre á su muerte!... qué habeis hecho de ella?

*Carlos.* Yo... no la he visto!

*Ordoñez.* Cómo que no la has visto!... tú fuiste el último que se recojió ayer noche, y la vara estaba en su puesto... A que se ha perdido?... no faltaba otra cosa.

*Carlos.* Os juro, tío mio...

## ESCENA VII.

DICHOS. UN ALGUACIL, seguido de cuatro corchetes.

*Alguacil.* (*A los corchetes que se quedan en el foro.*) Guardad la puerta.

*Carlos.* (*Aparte.*) La justicia! Soy perdido.

*Elena.* Dios mio! qué va á ser de nosotros?

*Ordoñez.* Me alegro de veros por aqui, señor alguacil.

*Alguacil.* Y yo tambien.

*Ordoñez.* Pensaba ir á vuestra casa para que me ayudaseis á entablar una querella.

*Alguacil.* Contra quien?

*Ordoñez.* (*Exaltándose gradualmente.*) Contra todo el mundo... Me han estropeado mis tulipanes, me espian, me quieren asesinar, me han robado mi vara de medir.

*Alguacil.* Sí? pues todo el mundo entabla tambien querella contra vos.

*Ordoñez.* Contra mí?

*Alguacil.* Sí, por alboroto nocturno, atentado contra la propiedad, y violencia con los pacíficos habitantes de la corte.

*Ordoñez.* Esta es otra!... yo no he violentado á nadie... qué demonio de galimatias es ese, señor alguacil?



*Alguacil.* El galimatias es el vuestro, señor mercader. (*Sacando una lista.*) Aquí está la relacion... Esta noche se ha dado una paliza en vuestra calle: trece sombreros desfondados, seis ropillas desgarradas, no sé que tantas espaldillas rotas... y el cuerpo del delito, desnaturalizado mercero, es esa misma vara de medir de que acabais de hablar; sí, esa vara, símbolo de quietud y de inocencia transformada en vuestras manos en arma mortífera; vara destinada para medir telas y que vos habeis empleado malamente en medir costillas; conoceis ahora esta vara mas perjudicial en vuestras manos, que la quijada en manos de Sanson? (*Saca de debajo de la capa un trozo de vara de medir claveteado con clavos dorados, y se le presenta á Ordoñez.*)

*Ordoñez.* (*Cogiéndola.*) Qué picardia, me la han partido por medio!

*Alguacil.* Ya querrá Dios que registrando bien vuestra casa, encontremos la otra mitad. Hola! dueña Gertrudis! Gertrudis.

### ESCENA VIII.

DICHOS. GERTRUDIS *que sale por la derecha.*

*Alguacil.* Enseñad á esos dos señores el cuarto de ese manrebo.

*Carlos.* Mi cuarto! eso es querer allanar mi domicilio, señor alguacil, y yo no consentiré...

*Ordoñez.* No por cierto, no consentiremos de ningun modo...

*Alguacil.* Silencio: yo tengo mis razones...

*Carlos.* Razones? en mi cuarto no hallareis mas que libros y retales.

*Alguacil.* Allá veremos.

*Ordoñez.* Pero tenemos leyes y...

*Alguacil.* (*A Gertrudis.*) Vamos... pronto y sin réplica; no hay que andarse en juegos con la justicia.

*Gertrudis.* (*Aparte.*) Qué le querrán al pobre muchacho?

(*Alto, viendo que el alguacil se impacienta.*) Allá voy, allá voy. (*Sube la escalera con los dos corchetes Carlos hace un movimiento para seguirlos.*)

*Carlos.* Permitid que los acompañe, ya que...

*Alguacil.* Nada, estaos ahí quieto.



*Elena. (Aparte.)* En qué nueva trapisonda se habrá metido el buena cabeza de mi primo?

*Ordoñez. (Paseándose por la escena.)* Pero señor, espero que alguno de vds. me esplicará al cabo lo que esto significa? En los años que llevé de vida no he presenciado en mi tienda un escándalo semejante. Tengo yo por ventura malas medidas ó pesos falsos?

*Alguacil.* Espero que todo ello se esplicue muy pronto por sí mismo. Mirad sino. *(Señala á los dos corchetes que vuelven trayendo en triunfo la otra mitad de la vara de medir. Gertrudis los sigue cabizbaja. El alguacil coje la una mitad de manos de los corchetes, la otra mitad de las de Ordoñez y las junta.)* Eh! ya veis que está perfectamente. Qué decís ahora, señor Carlos? nos os parece como á mí, que estos dos pedazos guardan entre sí una armonía admirable?

*Ordoñez. (Aparte mirando á Carlos.)* Pobre muchacho!... Parece que ha sido el que ha solfeado á los otros como siempre le acontece... la fuerza de la costumbre!

*Alguacil. (Con la vara siempre delante de Carlos.)* Vámos, que decís?

*Carlos.* Qué digo? que eso no prueba nada.

*Alguacil.* Esto prueba que sois un alhorotador, que os habeis declarado enemigo de vuestros conciudadanos; que necesitais una correccion para que se os calme un poco ese humor belicoso, y que por esa razon ireis á pasar algun tiempo á la carcel de villa.

*Ordoñez.* } *(con las varas en mano)*

*Elena.* } A la cárcel de villa! Dios mio!

*Gertrudis.* }

*Elena. (Aparte.)* Oh! es preciso salvarle á toda costa. *(Alto.)* Perdonad, señor alguacil, eso no prueba nada. La verdad es, que yo he sido la que ha roto la vara. *(Admiración general.)*

*Alguacil.* Vos, Elena?

*Elena.* Sí, yo y Gertrudis. *(Asombro de Ordoñez.)*

*Alguacil.* Y Gertrudis tambien?

*Gertrudis.* Sí, señor ministro, yo tambien.

*Elena.* Ayer cometimos la imprudencia de servirnos de la vara de medir.... por lo cual pido perdon á mi padre.... para levantar un baul... y se nos rompió entre las manos... Gertrudis y yo cogimos entonces, cada cual uno



de los pedazos para ocultarlos, por miedo de que nos regañasen. Gertrudis tiró el suyo á la calle; y yo cometí la torpeza de esconder el mio en el cuarto de mi primo. Esta es la verdad.

*Gertrudis.* La verdad pura.

*Ordoñez.* Por eso será por lo que yo oí ayer noche aquel crugido espantoso en el cuarto de Elena?

*Elena.* Sí, padre mio, ayer noche, á las ocho.

*Ordoñez.* Eso es, á las ocho.

*Gertrudis.* A las ocho en punto.

*Ordoñez.* *(Alargando la mano á Carlos.)* Ven acá, pobre muchacho, y perdóname por haber sospechado de tí.

*Elena.* *(Cogiendo la mano á Carlos.)* No me querrás mal por lo que he hecho, primo mio?

*Gertrudis.* *(Tirando á Carlos por el vestido.)* Ni á mi tampoco, no es verdad, Carlos?

*Alguacil.* Muy bien! lo que es la historia está perfectamente ideada, y voy viendo que aquí todos se han puesto de acuerdo para engañarme. Pero yo no tengo las tragaderas tan anchas como vosotros creéis, y ahora veremos si os atreveis á sostener esas patrañas delante del señor alcalde... Daos todos á prision.

*Ordoñez.*

*Elena.* } Con mil amores.

*Gertrudis.* }

*(Acevedo aparece por el foro, mientras los corchetes se aproximan á prender á la familia á una señal del alguacil.)*

## ESCENA IX.

DICHOS. ACEVEDO en el foro.

*Los demas actores están colocados en este orden, contando de derecha á izquierda del espectador; Ordoñez, Gertrudis, Elena, Carlos, el alguacil.*

*Carlos.* *(Al alguacil.)* Deteneos, señores... Agradezco vuestra generosa resolucion, amigos míos, pero no quiero conseguir mi libertad á costa de una mentira. Yo soy en efecto el que ha cometido el crimen de que me acusan.

*Alguacil.* Con que convenis en ello?



*Carlos.* Sí.

*Alguacil.* Gracias á Dios.

*Carlos.* Ayer á eso de las doce de la noche, me hallaba velando en mi cuarto...

*Ordoñez.* Ah! estabas aun en vela á esas horas? y para qué?

*Carlos.* Para acabar de poner corrientes las cuentas de lo vendido durante el dia. Oí de repente en la calle una confusa algazara de voces y risas; picado por la curiosidad corri á abrir la ventana: una media docena de estudiantes embriagados tenian rodeada á una señora jóven, á la cual habian obligado á apearse de su litera; los mozos atemorizados por las amenazas permanecian inmóviles. Uno de aquellos desalmados, el mas audaz de todos, tuvo la insolencia de coger á la dama por el talle é intentó besarla. Ella entonces empezó á dar voces pidiendo socorro... habia yo de ver insultar á una muger sin defenderla!... Cogí indignado esa vara que tenia allí á la mano... es la única arma que encuentra uno en esta casa... Salto por la ventana; me planto en un abrir y cerrar de ojos en medio de los estudiantes y empiezo á repartir palos á diestro y siniestro.

*Ordoñez.* Le reconozco en esas indirectas.

*Carlos.* La cólera me cegó, descargué golpes furiosos, y la suerte quiso favorecerme. Los unos quedaron tendidos, los otros echaron á correr; ayudé á subir en la litera á la señora, é hice que los lacayos tomasen por una callejuela inmediata, al traves de la cual me quedé plantado para defender la entrada...

*Alguacil.* Continúa.

*Carlos.* De allí á poco, mis enemigos que se habian alejado algunos pasos para buscar armas, volvieron hácia mí prorumpiendo en denuestos y amenazas. Yo me disponia para recibirlos y resistirme á todo trance; pero hubiera sucumbido infaliblemente al número, si no se hubiese aparecido allí como por encanto un desconocido, que se puso marcialmente á mi lado y se dió tan buenas trazas en manejar la espada que apenas dejó ocupacion á mi vara.

*Ordoñez.* Un desconocido!

*Carlos.* Por último, supimos los dos cumplir tan bien con nuestro deber, que al cabo de pocos instantes, nuestros enemigos apaleados y en el mayor desaliento nos volvie-



ron las espaldas precipitadamente. Mi defensor me dió la mano, nos dijimos reciprocamente nuestros nombres y nos separamos. Solo al despertarme esta mañana, he echado de ver la desgracia acaecida á los tulipanes y á la vara de medir de mi tío. Esta es la verdad tal cual ha sucedido.

*Alguacil.* Sois muy largo de manos, señor mío, pero vuestra franca confesion merece alguna indulgencia por parte de la justicia. Hacedme el favor de decirme el nombre de vuestro compañero de alboroto; lo que es vos saldreis libre con quince dias de cárcel.

*Elena.* Quince dias! es una injusticia!

*Alguacil.* Si os parece mejor un mes... (*Acevedo se va acercando.*) Vamos, Carlos, hablad, decid el nombre de ese pícaro.

*Carlos.* El señor ministro quiere chancearse sin duda?

*Alguacil.* Hablo formalmente, señor mío; muy formalmente.

*Carlos.* Pues entonces quiero contestar muy formalmente tambien á V. md., señor alguacil, que me insulta suponiéndome tan vil que vaya á descubrir al hombre que me ha salvado la vida á riesgo de la suya.

*Acevedo.* (*Acercándose á Carlos y dándole la mano.*) Bien; muy bien caballero, ya sabia yo que erais hombre de provecho.

*Elena.* (*Bajo y con voz temerosa á su padre.*) Padre mío! padre mío! ese el perdonavidas que vi rondar ayer por esta calle.

*Ordoñez.* (*Bajo.*) Oiga! (*Alto.*) Señor alguacil, no queriais prender á uno? pues ahí teneis vuestro hombre.

*Carlos.* (*Haciendo un movimiento.*) Pero, padre mío...

*Ordoñez.* Qué?

*Acevedo.* Queria deciros, que yo he sido el que se ha puesto á su lado esta noche y le ha ayudado á salir del apuro.

*Carlos.* Para qué descubriros y entregaros así inutilmente?

*Acevedo.* (*Con mucha desenvoltura.*) Yo no vengo á entregarme, sino á tener el gusto de hablar un rato con el señor alguacil; las leyes segun creo, no se oponen á tan inocente diversion?

*Alguacil.* Sí, pero esta noche os habeis entregado á otro genero de diversion que no es muy del gusto de la justicia, y como miembro de ella vais á seguirme á la cárcel con ese jóven. (*Señala á Carlos.*)



*Acevedo.* Bien está; pero tened la bondad de decirme antes, señor mio, si los agresores en esta tierra son reputados como principales delincuentes en un alboroto, y si son castigados en su consecuencia?

*Alguacil.* Quien lo duda!... pero á que viene eso?

*Acevedo.* A lo siguiente. (*Cogiéndole aparte.*) Señor alguacil, sabeis quien detuvo ayer noche esa litera de que han hablado, quien quiso abrazar á la dama, quien fue el primero que alzó la mano á los lacayos, y el primero que fue á besar el suelo de un palo de ese jóven?

*Alguacil.* No por cierto; lo ignoro absolutamente.

*Acevedo.* Pues es muy fácil de averiguar sin embargo; á vuesamerced le pagan porque lo averigue, á mí nadie me da nada porque lo sepa ni porque lo diga, y no obstante lo sé y os lo diré.

*Alguacil.* Y podreis probarlo?

*Acevedo.* Perfectamente! El estudiante de que os hablaba se halla á la hora de esta en la hosteria del Cisne, tumbado á la larga, borracho como una cuba, magullados los huesos, y en la mas absoluta imposibilidad de entrar por su pie en el hogar paterno.

*Alguacil.* Quién es, pues?

*Acevedo.* Un muchacho escelente. Vuestro hijo.

*Alguacil.* Eh?

*Acevedo.* Conoceis este cinturon cogido ayer por mí en el mismo campo de batalla?

*Alguacil.* Ay! Dios mio! es el suyo. Está herido?

*Acevedo.* No; un poco trastornado únicamente.

*Alguacil.* Ah! bribonazo... Pobre muchacho!... Ese cinturon, caballero, ese cinturon y silencio!

*Acevedo.* No tengo inconveniente alguno en complaceros, siempre que nos dejéis en paz á los dos, y nos prometáis no llevar adelante este negocio: de otro modo publico la aventura y hago que llegue á oídos...

*Alguacil.* Dadme ese cinturon y os empeño mi palabra de que todo está concluido.

*Acevedo.* Decidlo alto, para que no les quede duda.

*Alguacil.* (*En voz alta y dirigiéndose á todos los presentes.*) Escuchad la voz de la justicia... Estoy plenamente satisfecho de la declaracion que este hombre acaba de prestar, y en su consecuencia, me apresuro á certificar que tanto él como Carlos son inocentes.



*Todos.* Ah!

*Alguacil.* El no es culpable; vos no sois culpable, yo no soy... nadie es culpable. (*Bajo á Acevedo.*) El cinturón?

*Acevedo.* (*Dándole el cinturón.*) Esa imparcialidad me encanta... mil cosas de mi parte á vuestro digno hijo... es un excelente muchaho!

*Alguacil.* (*A los corchetes escondiendo el cinturón y guardándosele.*) Seguidme vosotros.

*Acevedo.* (*Acompañándole.*) Con Dios, señor alguacil.

## ESCENA X.

DICHOS, menos EL ALGUACIL.

*Ordoñez.* (*Sentándose.*) Uf!

*Elena.* Gracias á Dios, nos libramos de él... Qué alegría!...

Ah! señor! ah! Carlos! (*Da un paso hácia Acevedo y vacila, en seguida se dirige á Carlos que se ha quedado pensativo.*) En qué piensas?... en la dama de esta noche quizá?

*Carlos.* No por cierto, no la conozco.

*Acevedo.* (*Después de haber observado minuciosamente las fisonomías de todos los que le rodean.*) Espero, maese Ordoñez, que después de los favores que he tenido la fortuna de hacer á... ese mozo, empezará su merced á tratarme como amigo.

*Ordoñez.* No acostumbro á tratar como amigos á las personas que no conozco. Quién sois vos?

*Acevedo.* (*Trayéndole aparte.*) Curioso andais, por vida mía, pero os perdono ese defecto en gracia de que yo también le tengo.

*Ordoñez.* Oiga, pues me gusta!... Entonces tendreis la bondad de decirme qué es lo que quereis?

*Acevedo.* Una bagatela, pidiros algunos informes.

*Ordoñez.* Sobre qué?

*Acevedo.* Sobre ese mancebo... (*Señalando á Carlos.*)

*Ordoñez.* Eh!

*Acevedo.* Que pasa por sobrino vuestro.

*Ordoñez.* Que pasa por lo que es, señor mío.

*Acevedo.* No lo dado, pues lleva vuestro mismo apellido; quiere decir que será hijo de algun hermano?

*Ordoñez.* Por fuerza; para ser sobrino mío...



*Acevedo.* Ya! y podriais decirme donde ha nacido ese jóven?

*Ordoñez.* Donde residia su padre, señor curioso.

*Acevedo.* Y en que parte del mundo residia vuestro hermano?

*Ordoñez.* (*Algo impaciente.*) En una que probablemente vos no habreis visto nunca... en las Indias.

*Acevedo.* De allí vengo precisamente.

*Ordoñez.* Vos?

*Acevedo.* Yo en persona, honradísimo Ordoñez, y puedo deciros...

*Ordoñez.* (*Enojado.*) No quiero que digais una sola palabra mas, ni que esteis un momento mas en mi casa. Tal vez sois un aventurero, un desalmado, un hereje.

*Acevedo.* Sí, ese es el modo que teneis de ser agradecido.

*Carlos.* Tío mio, advertid...

*Ordoñez.* No advierto nada. (*Carlos hace un movimiento.*)

Silencio digo! Si te vuelve á acontecer que yo te encuentre hablando con ese Fierabrás te prometo mi maldicion.

(*A Acevedo.*) Marchaos de aquí!

*Acevedo.* Para que se vea qué encontradas van las cosas en este mundo! yo me sentia dispuesto á cobraros un cariño entrañable, ni mas ni menos que á vuestro sobrino... en fin, tendremos paciencia, y aguardaremos á que se os haya pasado ese arrebató... Ya me voy, ya me voy, pero volveré.

*Ordoñez.* (*Siguiéndole.*) Eso lo veremos.

*Acevedo.* (*Sacando la cabeza por uno de los cristales de las puertas vidrieras de la tienda.*) Sí que lo veremos, dignísimo mercader. (*Vase.*)

## ESCENA XI.

DICHOS menos ACEVEDO.

*Ordoñez.* (*Cerrando la puerta.*) Anda con mil diantres... y ahora os prohibo espresamente á todos, que me abrais la puerta ni salgais de casa. Chispas! la cólera me ahoga: mi casa, la casa mas sosegada del todo el barrio, convertida en una taberna, en una casa de locos!

*Carlos.* Yo siento mucho haber sido causa... pero que quereis, no pude dominarme... son cosas que estan en la masa de la sangre.



Ordoñez. Bien, trabaja... trabaja, (*Mas fuerte.*) trabaja... Voy á ponerme enfrente de ti para no quitarte los ojos de encima. (*Toma una silla y se sienta en medio de la tienda en frente de Carlos, que se dirige al mostrador y se ocupa en doblar y medir piezas de tela, cortando de tiempo en tiempo; Elena va á ponerse al lado de Carlos para ayudarle.*) A propósito, he recibido billetes para el baile de máscaras que se da esta noche en casa del conde de la Florida. Los he debido á la generosidad de mi amigo el señor Santillana, mayordomo de S. E. Quieres que te lleve, hija mía?

Elena. Vendrás Carlos?

Ordoñez. El! pues no faltaba mas sino que le llevásemos al baile despues de la hazaña de anoche.

Elena. Padre mio!

Ordoñez. Oh! no señor, no, de ningún modo; iremos solos.

Carlos. No es privacion para mí, prefiero estarme trabajando.

Ordoñez. Esa contestacion me reconcilia contigo. Te perdono; pero no te dé cuidado, que no irás.

Elena. Oh! ni yo tampoco, padre mio; no me divertiria en esa funcion.

Ordoñez. No hay que hablar mas de ello, no irá ninguno.

Yo por mí, prefiero pasar la noche al calor de la lumbre, hablando con vosotros, mientras Gertrudis dispone la cena. Voy ahora al escritorio, y vuelvo al instante.

(*Vase por la puerta de la derecha.*)

Carlos. (*Tirando las telas y pasando á la derecha.*) Maldito oficio!

Elena. Qué tienes, Carlos?

Carlos. No hay duda que es una envidiable existencia, estar siempre midiendo telas y cortando paños?

Elena. Pero qué quisieras?

Carlos. Qué quisiera?... quisiera... (*Ocúltase llorando el rostro entre las manos.*) Ah! que desgraciado soy!

Elena. Carlos! amigo mio, no te desconsueles asi... Tal vez tu suerte cambiará muy pronto. Yo no ambiciono mas que una cosa... verte dichoso.

Carlos. (*Levantando la cabeza.*) Pobre prima mia! (*La abraza enagenado.*)

Elena. (*Aparte con alegría.*) Chist! Oigo á mi padre; manos á la obra. (*Pónense de nuevo á arreglar las telas.*)



Ordoñez. Que tal? Va eso adelante?

Elena. Sí, padre mio, Carlos corta hoy mucho. (*En este momento, Carlos que tenia fija la vista en una litera que se ve pasar al traves de la vidriera del foro, corta á troche y moche cuanto le cae á la mano.*)

Ordoñez. (*Viendo aquel estrago.*) Maldito, que haces? (*Ar-ráncale la tela de la manos y se pone á mirarla al tras-luz.*) Picoteada toda! una pieza de brocado! Está loco, Dios me perdone! loco de atar! donde ha ido?

Carlos. (*Abriendo la puerta del foro y sacando la cabeza precipitadamente. Aparte.*) Ella es!

Ordoñez. (*Viéndole.*) No te habia prohibido que abrieses la puerta?

Carlos. (*Aparte.*) Viene hácia aqui!

Ordoñez. (*Enojado.*) Entra pronto.

Carlos. (*Aparte.*) Quedarme aquí!... delante de ella!... con este traje tan humilde... oh! no quiero que me vea! (*Tre-pa por la escalera.*)

Ordoñez. (*Corriendo detras de él.*) Carlos, no has oido? Re-belde! amalecita! quíeres venir aquí? (*Desaparece por la escalera detras de Carlos.*)

Elena. (*Sola.*) Por qué se habrá precipitado á esa puerta?... Por qué huye? (*Viendo entrar á la condesa seguida de Acevedo.*) Una señora! será ella?

## ESCENA XII.

LA CONDESA. ACEVEDO. ELENA.

Condesa. Dios os guarde, teneis la bondad de sacarme unos dominós... los mas elegantes que tengais.

Elena. Habeis sido vos, señora, la que ha sido detenida esta noche en su litera, cerca de aquí.

Condesa. Sí, yo misma.

Elena. (*Aparte.*) Dios mio! habré acertado en mis sospechas?

Condesa. Por qué me haceis esa pregunta?

Elena. Por saber si os habiais recobrado enteramente de vuestro susto.

Condesa. Os lo agradezco. Traed lo que os he mandado.

Elena. (*Aparte.*) Y he de servirla yo misma!... á ella!... ah!

Carlos! (*Acevedo se acerca á la condesa despues de haber mirado á todas partes con precaucion. Elena le ve y*



*añade en voz alta.*) No entreis por Dios, señor alférez, ya sabéis que mi padre nos ha prohibido hablar siquiera con vos.

*Acevedo.* Tengo la honra de venir acompañando... (*Señala á la condesa.*)

*Condesa.* (*Con extrañeza y admiración.*) A mí?

*Acevedo.* (*Bajo.*) Sí, señora condesa.

*Condesa.* (*Idem.*) Silencio, caballero.

*Acevedo.* (*Idem.*) Ya veis, señora, que si no tengo la satisfacción de ser conocido de vos, tengo en desquite la de conoceros. Sois la condesa de Torreblanca.

*Condesa.* Hablad mas bajo, os ruego.

*Acevedo.* Sé que hace algunos meses vivís de incógnito en esta corte, temiendo ser descubierta por vuestro marido. Os casasteis á disgusto de vuestra madre, que conoció mejor que vos al hombre que habia de ser vuestro esposo, y como vuestra familia os ha negado su apoyo, os habeis visto en la precision de huir. Vuestro mayor recelo es de que el conde venga á buscaros aquí. Estoy bien informado?

*Condesa.* (*Asustada.*) Pero quién sois vos?

*Acevedo.* Un hombre que conoce á todo el mundo y á quien nadie conoce, que puede hacer mucho bien á sus amigos y mucho daño á sus enemigos.

*Condesa.* Y qué daño ni que bien podeis hacerme á mí?

*Acevedo.* Guardaros el secreto ó descubrirle; no mas que eso, elegid.

*Condesa.* Qué quereis?

*Acevedo.* Poca cosa. En esta casa hay un jóven que me interesa ver; no he podido conseguirlo hasta ahora, porque me han puesto mil dificultades; necesito que vos me faciliteis una entrevista con él.

*Condesa.* Yo?... Y de qué modo?

*Acevedo.* Obligándole á ir al baile que se dá esta noche en casa del conde de la Florida.

*Condesa.* Cómo?

*Acevedo.* He visto hace poco que un escudero os entregaba varias esquelas de convite; tened la bondad de poner una en este bolsillo. (*Saca una bolsa de debajo de la ropilla. La Condesa abre una cartera, y saca unas esquelas de convite. Acevedo coje una.*) Perdonad, señora. Esta es para mí; ya podeis figuraros que no está la gracia



en que el jóven vaya al baile; si he de hablarle yo, preciso es que vaya tambien. (*Guárdase la esquila.*) Ahora os suplico que tengais la bondad de encargar á esa jóven del mostrador, que entregue esto de vuestra parte á su primo Carlos Ordoñez.

*Condesa.* Y quién es ese Carlos Ordoñez?

*Acevedo.* Un hidalgo de muy buena casa disfrazado en mercader.

*Condesa.* Pero...

*Acevedo.* Temeis comprometeros? No hayais miedo. El bolsillo no tiene cifra, la esquila no lleva firma, y ademas... es lo menos que podeis hacer por vuestro libertador.

*Condesa.* Mi libertador!

*Acevedo.* Ese jóven, malamente conocido por Carlos Ordoñez, es el que os ha sacado esta noche de manos de los estudiantes.

*Condesa.* Qué oigo!... Aquel denodado jóven!... (*Reflexionando y aparte.*) No puedo apartar de mi memoria su funesta semejanza.

*Elena.* (*Acercándose y con tristeza.*) Aqui teneis, señora, lo que hay de mas nuevo en clase de dominós... son de última moda, á la italiana... elegid el que mas os guste.

*Condesa.* (*Despues de mirar algunos.*) Tomaré este: cobraos. (*Dejando una moneda de oro en el mostrador.*) Señor alferrez, tened la bondad de decir á uno de mis lacayos, que deje esto en mi litera.

*Acevedo.* Con sumo gusto, señora. (*Vase.*)

*Condesa.* (*Aparte.*) Mucho celebraré que el jóven vaya al baile. (*Alto.*) Decidme, es aqui donde vive un tal Carlos Ordoñez?

*Elena.* Sí, señora. (*Aparte.*) Bien me lo sospechaba yo! ha venido por él.

*Condesa.* Hacedme el obsequio de entregarle este bolsillo de mi parte, y decidle que desco le acepte como memoria del señalado favor que me ha hecho esta noche... ya sabeis.

*Elena.* Ah! si!... señora... entiendo...

*Condesa.* Qué teneis, hija mia? os habeis puesto pálida.

*Elena.* Nada, señora... un vaido... quedad con Dios.

*Condesa.* Buenos dias. (*Aparte.*) Quién podrá ser ese jóven disfrazado en mercader? (*Alto.*) Teneis un almacen muy bien provisto y os doy el parabien por ello. Volveré á menudo. (*Vase.*)



## ESCENA XIII.

ELENA, sola.

Volverá... volverá... por él... por verle!... no, no son cavilidades mías, me ha hablado de él, me ha dado un bolsillo para que se le entregue... Un bolsillo!... apuesto á que no es dinero solo lo que hay dentro; veamos. (*Abre el bolsillo.*) Conozco que no debia hacer esto, pero le amo con delirio... mi vida es suya! (*Saca la es- quela.*) Un billete de baile! una cita!... ah! me engaña- ba... Hacia aqui vienen... finjamos serenidad.

## ESCENA XIV.

ELENA. ORDOÑEZ. CARLOS.

Ordoñez. No es poca dicha haberos decidido á que bajeis. Habráse visto testarudo igual: no querer bajar ni decir por qué! Dios mio! qué plaga es esta que me habeis da- do por sobrino? (*A Elena.*) Ha venido alguien mientras yo disputaba con ese basilisco?

Elena. (*Que ha ido á colocarse entre su padre y Carlos.*) Una dama que ha comprado un dominó negro con cin- tas azules.

Ordoñez. (*Mirando hácia el mostrador.*) Del cajon, nú- mero 3.

Elena. Sí, padre mio. (*Bajo á Carlos dándole el bolsillo.*) Me ha entregado este bolsillo para vos.

Carlos. Para mí? (*Tomando el bolsillo y aparte.*)

Elena. (*Idem.*) Os ruega que le acepteis en memoria del favor de esta noche.

Carlos. (*Aparte.*) Ha descubierto quien soy á pesar de mis precauciones?

Elena. Qué hará? (*Aparte.*)

Carlos. (*Aparte abriendo el bolsillo.*) Oro! dinero única- mente! Verdad es, soy mercader, y á un mercader se le debe pagar una buena accion en la misma moneda que sus géneros. Oh rabia!

Elena. (*Aparte.*) Parece que está enojado!... me alegro!



*Ordoñez.* Y cuánto la has pedido?

*Elena.* Cinco ducados!

*Ordoñez.* Cómo, cinco ducados! Estás loca? Si es de balde!

*Elena.* Quince, quise decir.

*Carlos.* (*Aparte.*) Un billete! Qué significa esto? un billete de baile. Ah! entiendo! una cita! me da una cita! Qué feliz soy! (*Guárdase el bolsillo.*)

*Elena.* Calla! ahora está alegre! irá al baile, no hay duda.

*Ordoñez.* Ea, Elena, Carlos, á trabajar! Gertrudis también! Gertrudis!

*Gertrudis.* (*Dentro.*) Allá voy.

*Ordoñez.* Ven á ayudarnos. (*Sale Gertrudis.*)

## ESCENA XV.

DICHOS. GERTRUDIS.

*Ordoñez.* Ven aquí... no estarás de mas si tenemos mucha gente.

*Carlos.* (*Acercándose á Gertrudis en voz baja.*) Gertrudis! excelente Gertrudis!

*Gertrudis.* Qué me queréis?

*Carlos.* (*Bajo.*) Tengo ganas de ir al baile esta noche; mi tío no quiere llevarme. Es preciso que dejes escondido el picaporte debajo del mostrador.

*Gertrudis.* Pero...

*Carlos.* Te prevengo que si no accedes, saltaré otra vez por el balcon.

*Gertrudis.* Qué horror!

*Carlos.* A pique de rasgarme el vestido.

*Gertrudis.* Ay! Jesus!

*Carlos.* Y de romperme las piernas ó estropearle los tulipanes.

*Gertrudis.* Bueno, bueno, mala cabeza. Pero... y vais á ir á un baile con ese vestido?

*Carlos.* Tienes razon. No está decente? Pero puedes dejarme fuera el traje bordado del cajon número 12.

*Gertrudis.* Allá veremos, allá veremos.

*Carlos.* Quedamos convenidos. Te lo agradeceré en el alma. Oyes, no hay que decir una palabra de esto ni á Elena, ni á mi tío. (*Alto.*) Ea, venga trabajo largo; me siento con ganas de trabajar como cuatro.

*Ordoñez.* Asi me gusta. Agárrame ese fardo, buen mozo.



*Elena. (Acercándose á Gertrudis y en voz baja.)* Gertrudis! querida Gertrudis!

*Gertrudis. (Idem.)* Qué hay?

*Elena.* Tengo deseos de ir esta noche al baile; mi padre no quiere llevarme; es preciso que te sacrifiques y me acompañes.

*Gertrudis.* También esta! Yo! ir al baile! estais en vos?

*Elena.* Tengo empeño en ir; si no quieres me voy á desesperar, te lo prevengo.

*Gertrudis.* Cómo? desesperarse por un baile?

*Elena.* Ya sabes que yo no miento, Gertrudis; te lo digo formalmente.

*Gertrudis.* Y llora!... pero señor! Vamos! vamos! haré lo que pueda por daros gusto.

*Elena.* Ah! gracias, gracias, Gertrudis mia! no necesitamos vestirnos, se va disfrazado. Te pondrás un dominó.

*Gertrudis.* Dominó! Pues estaré yo buena facha con dominó.

*Elena.* Sacarás para mí uno negro con lazos azules de la caja número 3. Los billetes de baile que nos han regalado estan arriba en el cajon grande. Ah! sobre todo no digas una palabra de esto ni á Carlos ni á mi padre. Hasta la noche. *(Alto.)* Dejádme á mí eso, padre mio; yo lo haré mas pronto que vos.

*Ordoñez.* Toma! toma! te cedo el puesto... no pongo en ello maldito el amor propio.

*Gertrudis. (Aparte.)* Qué diablos de idea se les ha metido hoy en la cabeza á estos muchachos?

*Ordoñez.* Gertrudis, Gertrudis; pon arriba este dominó *(Deleniéndola y en voz baja.)* Chit!

*Gertrudis. (Bajo también.)* Qué ocurre?

*Ordoñez. (Idem.)* Los chicos no van al baile y de ello no me pesa; pero ya puedes figurarte que yo es indispensable que vaya para estudiar las modas; es mi oficio.

*Gertrudis. (Aparte.)* La cosa se va complicando.

*Ordoñez.* Componte de modo que nos des de cenar y nos acostemos temprano. Me escurriré en cuanto los chicos esten dormidos, y volveré mañana sin que ellos sospechen nada.

*Gertrudis.* Eh! libertino, apuesto á que traeis alguna trapisonda entre manos; yo os conozco.

*Ordoñez.* Sobre todo, Gertrudis, no te des por entendida

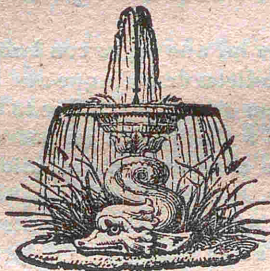


de esto con Elena ni con Carlos. (*Alto.*) Vamos! Manos á la obra y firme!... Hoy es dia de no levantar cabeza... despues podemos descansar... no vamos al baile... yo al menos.

*Elena.* Ni yo.

*Carlos.* Ni yo.

*Gertrudis.* (*Aparte.*) Pues señor, está visto, iremos todos.







## Acto segundo.

Salon de baile.—Galeria al foro con arañas y aparadores. Mesas de juego en el proscenio. Ventana á la izquierda del actor.

### ESCENA PRIMERA.

ACEVEDO *en pie al lado de la ventana.* MASCARAS y CABALLEROS; los unos cenan en las mesas aderezadas en la galeria; los otros juegan en las que están dispuestas á ambos lados del proscenio.

*Un caballero. (Brindando.)* Por nuestro augusto soberano don Felipe III que ha logrado restablecer la paz en la monarquía!

*Todos.* Viva!

*Otro.* Por la nueva alianza de España y Francia, y por el venturoso enlace de nuestra ilustre infanta doña Ana de Austria.

*Otro.* Sí, y que nuestras bendiciones la acompañen hasta las márgenes del Sena! *(Brindan y beben. Uno de los jugadores levantándose y dirigiéndose á una de las máscaras que pasean por el foro.)* Hermosa máscara, la orquesta va á tocar una zarabanda francesa; me aceptas por caballero?

*La máscara.* Con mucho gusto. *(Vanse seguidos de otras parejas. Las mesas de juego irán quedándose desiertas poco á poco.)*



## ESCENA II.

ACEVEDO solo.

Yo en este baile! Ah! el cielo sabe porque he venido! (*Oyese música en los salones.*) Estoy impaciente por verle! mis dudas acabarán de desvanecerse hablando con él. Lograré por último salir airoso de mi empresa despues de tantas y tan inútiles tentativas? Dios lo quiera!

## ESCENA III.

ACEVEDO. EL CONDE.

*El conde. (Agitado.)* No he encontrado un solo rostro conocido en los salones! Es tal el gentio y la confusion!—Si lograse ver á alguno que haya asistido á la corte durante mi ausencia, tal vez me daria los informes que necesito.

*Acevedo.* El conde de Over-issel! No me engaño, él es; apenas se ha desfigurado en tanto tiempo.

*Conde. (Reparando en Acevedo.)* O mucho me equivoco, ó yo he visto á este hombre en otra parte; hagamos por trabar conversacion con él.

*Acevedo. (Aparte.)* Que vendrá á hacer aquí? Yo lo sabré.

*Conde. (En alta voz.)* No es verdad, caballero, que esos cantores que han venido de Venecia tienen unas voces soberbias?—Conoceis aquel hermoso suelo?

*Acevedo.* Perfectamente.—He vivido allí.

*Conde.* Mucho tiempo?

*Acevedo.* Friolera, unos diez años.

*Conde.* Y podeis decirme, aunque sea indiscrecion, si habeis estado en alguna otra parte despues?

*Acevedo.* Jesus! en muchas.

*Conde.* Sois comerciante, eh?

*Acevedo. (Con altivez.)* Yo comerciante! por Santiago! alfe-rez de los ejércitos españoles, señor mio!

*Conde.* No os ofendais por mis preguntas; me han sido dictadas por el deseo de conoceros únicamente.

*Acevedo.* Me haceis gran merced en ello. Si quereis sentaros conmigo en una de estas mesas, departiremos un ra-



to alegremente, y entretendremos la noche echando unos cuantos partidos. Qué le parece á usarcé?

*Conde.* Apruebo la idea. Qué juego sabeis mejor?

*Acevedo.* Los sé todos. (*Cogiendo una baraja y presentándosela al conde.*) Elegid el que mas os plazca.

*Conde.* Jugaremos al hombre, si os parece.

*Acevedo.* Al hombre? Vaya en buen hora. (*Baraja.*) Llevo veinte ducados á la primera mano.

*Conde.* Ahí están veinte ducados.—Me parece haber tenido el gusto de trataros en otra parte.

*Acevedo.* (*Jugando.*) Es probable.

*Conde.* (*Jugando tambien.*) Cómo así?

*Acevedo.* (*Idem.*) Habiendo recorrido varias naciones, y habiendo estado en contacto con individuos de todas ellas, puedo decir como aquel célebre griego de cuyo nombre no me acuerdo ahora: Soy hombre y ningun ser humano me es desconocido. Llevo una mano... el desquité?... (*Vuelve á barajar.*) De que nacion es vuesarcé?

*Conde.* Soy flamenco.

*Acevedo.* Conozco la Flandes de un extremo al otro; es un pais excelente donde en algun tiempo me he divertido bien y batido mejor... Bruselas! Hermosa ciudad, por vida mia! centro de grandeza y señorío... y tambien de bribones y rateros... A vos os toca.

*Conde.* (*Barajando.*) Estabais allí en el servicio?

*Acevedo.* A las órdenes da un tal don Diego de Requesens, conde de... Over-issel en el dia. (*Aparte.*) Voy á engañarle con la verdad.

*Conde.* Don Diego de Requesens habeis dicho?

*Acevedo.* Sí, flamenco espúreo que desertó de las banderas de sus hermanos, y abrazó la causa de nuestro buen rey don Felipe II que santa gloria haya; era un hombre que nos hacia trabajar mucho, pero que nos permitia vivir sobre el pais; no tengo porque quejarme de él.

*Conde.* Vuestro nombre?

*Acevedo.* El vuestro?

*Conde.* (*Alargándole las cartas.*) Vos dais. Y por qué tiempo estuvisteis al servicio del conde?

*Acevedo.* A mi vuelta de Italia, hará cerca de doce años; y le dejé por cierto lance muy delicado, del cual, en mi entender supe salir airoso.

*Conde.* Hola! y puedo yo saber ese lance?



*Acevedo.* Es una historia algo triste pero muy sencilla. Existía á la sazón en España un niño que estorbaba á su merced, y un tal Acevedo que cuidaba del niño. Don Diego me encargó á mí y á otros tres camaradas del mismo temple, que quitásemos de enmedio al hombre y robásemos al niño... Vamos... no jugais?... la espada es triunfo.— Pues como iba diciendo, todo se hizo al pie de la letra... Nos lo habian pagado bien y hubiera sido un cargo de conciencia engañar á nuestro capitan. Topamos con nuestro hombre en una callejuela de Cadiz, y le dimos doce estocadas que cada una de ellas hubiera bastado para dar por muerto á un toro; por lo que hace al niño le enviamos en un navio que salia para América, á respirar los aires del Nuevo Mundo. He ganado... Dios sabe lo que habrá sido de él.

*Conde.* Y descubristeis como se llamaba el niño?

*Acevedo.* No por cierto; jamas se me pasó por las mientes averiguar tal cosa. Tornéme otra vez á Flandes á dar cuenta del resultado de mi comision; pero no hallé ya á mi capitan, que habia dejado el servicio é internándose, á lo que decian, en el resto de los Países-Bajos: la compañía quedó á cargo del alférez, y habiendo muerto este en una batalla que dimos á los *mendigos de tierra*, saqué del ilustre duque de Alba la bandera que gané en dicho encuentro con grave riesgo de mi vida.

*Conde.* Y no volvisteis á ver nunca en Flandes al capitan Requesens?

*Acevedo.* Nunca. (*Aparte.*) Ignora que soy yo el que salvó al niño y recibió las heridas. Oh! ya arreglaremos cuentas á su tiempo.

*Conde.* (*Levantándose.*) Sabeis, señor alférez, que andais imprudente en hablar con tanta facilidad de tales cosas.

*Acevedo.* Oh! ya tengo cuidado de no hablar de ellas sino delante de personas de cuya indiscrecion nada pueda temer.

*Conde.* Quién os responde de mí?

*Acevedo.* Vuestra cara.

*Conde.* Cómo? explicaos.

*Acevedo.* Si vuestros oidos os han dicho que yo fui el que cometió la hazaña, mis ojos me dicen que vos fuisteis el que me la pagó.

*Conde.* Me conoceis?



*Acevedo.* Perfectamente, don Diego Requesens, conde de Over-issel en el día.

*Conde.* Y usarás de igual reserva que hasta aquí?

*Acevedo.* La misma, mi propio interes os garantiza mi silencio.

*Conde.* Dime, podrás darme algunas señas sobre cierta persona que vengo buscando á este baile?

*Acevedo.* Sobre qué persona?

*Conde.* Sobre mi muger la condesa.

*Acevedo.* Exactamente.

*Conde.* Luego tú lo sabes todo?

*Acevedo.* Y mucho mas que algun día os diré.

*Conde.* Bueno! donde podria yo ver á la condesa?

*Acevedo.* En dos sitios.

*Conde.* Cuáles?

*Acevedo.* Vuesarcé escogerá.—En la fonda del Cisne donde se hospeda, y á la cual la he acompañado yo esta mañana...

*Conde.* Esta mañana!

*Acevedo.* O en este baile á donde debe venir disfrazada de dominó negro con cintas azules.

*Conde.* Ah! con que debe venir aquí?

*Acevedo.* Sí señor, vendrá, si es que ya no ha venido.

#### ESCENA IV.

DICHOS. — CARLOS.

*Carlos.* Ah! sois vos, señor alferez, celebro hallaros.

*Acevedo.* Buenas noches, amigo.

*Conde.* (*Bajo á Acevedo.*) Quién es ese joven?

*Acevedo.* (*Bajo al conde.*) Nadie... un tal Carlos Ordoñez pariente de un comerciante muy rico.

*Conde.* (*Bajo.*) Adios: veremos si son buenos los informes que me has dado.

*Acevedo.* No acostumbro á dar otros.

*Conde.* (*Idem.*) Voy viendo que eres el diablo.

*Acevedo.* (*Idem.*) Esa es lisonja, señor... algo amigo suyo únicamente. (*Vase el conde.*)

*Carlos.* Quién es ese caballero?

*Acevedo.* Un hombre que os haria todo el daño posible, si supiese fijamente quien sois.

*Carlos.* Quien soy fijamente!... No soy acaso lo que parezco? lo que creo ser?



*Acevedo.* El sobrino del montañes Ordoñez, no es esto?

*Carlos.* Sin duda.

*Acevedo.* No os acordais de otro pais mas que el de España? de otro cielo mas que el de Madrid? no se os ha venido nunca á la imaginacion algun recuerdo?

*Carlos.* Por qué me haceis esas preguntas?... Habeis en efecto despertado en mí...

*Acevedo.* No recordais una ciudad surcada de canales, adornada de magníficos palacios de marmol blanco, delante de los cuales se deslizaban mil barquillas ligeras como la brisa; voces armoniosas como el cántico del ruiseñor, un sol centellante y abrasador en un despejado cielo de trasparente azul?...

*Carlos.* Ignoro porque sobrenatural poder lograis penetrar en el caos de mis pensamientos, pero confieso que muchas veces he sentido dentro de mí, sensaciones hasta entonces ignoradas y que se asemejaban á un vago recuerdo; mil tumultuosas ideas se aglomeraban en mi imaginacion y me asediaban sin descanso, ya punzantes y vivas como el deseo, ya profundas y acerbos como el pesar... A veces en mis dorados sueños, figurábame abandonar esta humilde y olvidada existencia, por una vida de brillo y esplendor; no me encontraba ya cautivo en una modesta tienda entre fardos y sederias, paseábame por el contrario por un magnífico salon resplandeciente de luces y adornado de trofeos... No veia ya en torno mio, mercaderes codiciosos, compradores importunos, sino peones con lucientes armas, caballeros con espuelas de oro, apuestas damas con plumas y encajes... No servia, no obedecia ya... mandaba... Pero, ah! una palabra, una voz de mi tío me sacaba de mi éxtasis, y desde las ideales regiones á las que mi imaginacion se habia locamente remontado, venia á caer en la triste realidad.—Mucho he sufrido, amigo mio, y es una crueldad venir á recordarme tan agradables sueños que han de acabar siempre en un amargo desengaño.

*Acevedo.* No, no, pobre mancebo, esos no eran como vos los llamais, locos ensueños; eso que vos creis un delirio de vuestra mente, era un recuerdo de lo pasado, un presentimiento del porvenir.

*Carlos.* Qué decís?

*Acevedo.* Digo... que loado sea el cielo, pues os encuentro al cabo de tan larga separacion digno de vuestra noble



estirpe, digno del nombre ilustre con que debeis honraros.

*Carlos.* Quién soy pues? Hablad, hablad, amigo mio, ó me volveré loco... Quién soy?

*Acevedo.* No puedo decíroslo.

*Carlos.* Ah! muy insensato debeis creerme, pues con tanta facilidad me habeis visto concebir esperanzas al escucharos... Ignoro quien sois y que os mueve á hablarme así... pero burlarse de la credulidad de un jóven que no os ha hecho daño alguno, es indigno de un caballero.

*Acevedo.* (Con tristeza.) Dudais de mí?

*Carlos.* Y cómo pudiera no dudar? Venís á despertar mis ideas ambiciosas, á hacerme promesas imposibles, y con todo, ni me conoceis, ni somos nada el uno para el otro.

*Acevedo.* Nada el uno para el otro!... Joven! Dios te perdona esas palabras! Nunca hubiera creído que á mi perseverancia y desvelos les estuviera reservada esta recompensa!—Quieres que te haga ver lo que yo he sido para ti? Quieres que te presente las pruebas de mi cariño y el derecho que tengo á tu agradecimiento? Mira...

*Carlos.* Qué veo? esas cicatrices?

*Acevedo.* Estas hondas y numerosas cicatrices son de otras tantas heridas que he recibido por defenderos, ingrato jóven, y las lágrimas que en este momento arrasan mis ojos, no sé si son una prueba de la alegría que he tenido al hallaros, ó del dolor que me habeis causado al veros dudar de mí.

*Carlos.* Perdon, perdon! os creo y conozco que mi corazon reprueba lo que os he dicho.—Perdonadme... Pero con qué fin es este misterio que me rodea? Qué motivos han obligado á mi familia á separarme de ella, á desterrarme tal vez para siempre de su lado?

*Acevedo.* Los nobles condes de Egmond y de Horn acababan de ser decapitados en Bruselas; el poderoso y suspicaz monarca don Felipe II habia dado con aquellas terribles y sangrientas muertes un golpe decisivo á los sublevados de los Países-Bajos, de los cuales era vuestro padre uno de los principales y mas valientes caudillos... Nacisteis vos por aquella época, y temiendo que la suerte de las armas ó un suceso desgraciado hiciese caer en manos del rey al heredero de su título, y le sirviese tal vez de rehenes... os envié á Italia bajo mi salvaguardia... Me fijé con vos en



Venecia, y allí os habeis criado hasta la edad de ocho años, en que las reclamaciones del soberano de las Españas para con el senado, nos obligaron á salir de aquella deliciosa ciudad: vuestro padre me mandó entonces regresar á la península tomando para los dos un nombre supuesto. Obedecile al punto, no sin tener cuidado de llevar conmigo los documentos que acreditaban vuestra clase y nacimiento.—Apenas habia puesto el pie en Cadiz, fuí acometido por unos asesinos que os arrancaron de mis brazos despues de dejarme por muerto. Doce años ha, que os busco desde aquel dia.

*Carlos.* Doce años?

*Acevedo.* Habia jurado á vuestro padre no abandonaros nunca, y cuando os arrebataron de mis brazos, me juré á mi propio, no volver á aparecer sino con vos.

*Carlos.* Delante de él!... delante de mi padre!

*Acevedo.* No; vuestro padre está en el cielo!

*Carlos.* Ah!

*Acevedo.* Delante de vuestra madre.

*Carlos.* Vive?

*Acevedo.* Sí.

*Carlos.* Y cuándo la veré?

*Acevedo.* Confio en que muy luego.

*Carlos.* Ah! por fin voy á saber lo que es una madre!....

Voy á estremecerme de placer al sentir el beso maternal en mi frente!... Voy á enjugar sus lágrimas!... Qué son todas las penas que he sufrido comparadas con esa dicha?

*Acevedo.* Cuántos afanes me ha costado el procurároslo! Sin apoyo alguno, sin direccion, sin un solo amigo á quien franquearme, creyendo ver enemigos por donde quiera, y desconfiando de todo el mundo; viendome obligado á ocultar mis proyectos bajo la apariencia de la mas apática frialdad, mis temores bajo la máscara de una frívola alegría, y siendo tratado en todas partes como un miserable aventurero!

*Carlos.* Pobre amigo mio!

*Acevedo.* Pero ahora os veo, os estrecho entre mis brazos; podré ir mañana á decir á vuestra madre: «Aquí teneis vuestro hijo!» y algun dia, en el cielo, á vuestro padre: «Dueño y señor, os cumplí mi palabra.» Ah! ahora si que me creo pagado de todos mis afanes y padecimientos.



*Carlos. (Con impaciencia.)* Pero y mi nombre? decidme mi verdadero nombre?

*Acevedo.* No es posible descubrirosle todavia, y mucho menos en este sitio... Sois jóven, impetuoso, estais rodeado de personas interesadas en vuestra perdicion y una imprudencia puede comprometeros destruyendo al propio tiempo el fruto de mi larga perseverancia. Os ruego que hasta mañana no habéis una palabra de lo que os he dicho; voy á recobrar las pruebas que necesito... y mañana, cuando ya nada tengamos que recelar, os diré... ah! os diré cosas que realizarán cuantos sueños de ambicion hayais podido formar. Entre tanto, tomad este retrato, es el retrato de vuestra madre... á quien tal vez la alegría quitaria la vida, si supiese que su imagen está en vuestras manos. Os le entrego como una garantia de mis palabras, ya que á pesar de cuanto he sufrido, necesitais una prueba de la veracidad de lo que os he dicho.

*Carlos. (Tomando el retrato y besándole.)* Mi madre! mi madre!

*Acevedo.* No enseñeis ese retrato á nadie. A mi vez os exijo yo palabra de que lo hareis así, ó no consiento en dejarle en vuestras manos. *(Carlos hace un movimiento afirmativo.)* No os marcheis del baile sin volverme á ver: tal vez tengamos que hablar dentro de poco de asuntos de gran cuantía. Entretanto gozad á placer de esta diversion! entregaos á la alegría y á la esperanza... hoy empieza para vos una vida feliz y placentera. Hasta la vista. Ah! ahora sí que soy dichoso! *(Vase.)*

## ESCENA V.

*CARLOS, poco despues LA CONDESA disfrazada y con careta.*

*Carlos. (Solo, besando el retrato y ocultándole en seguida.)* Oh! este retrato no se apartará nunca de mi lado!... Yo, noble! yo, caballero! Seré digno de la que desde ayer me mira como libertador suyo; podré dirigirme á ella sin temor de ofenderla ya por mi humilde clase, y ofrecerla al propio tiempo que mi corazon, un apellido ilustre bastante á satisfacer la ambicion de la mas orgullosa familia! Dios mio, no es un sueño lo que por mi pasa?



*Condesa. (Aparte.)* Entendió lo que significaba el billete, ha venido.

*Carlos. (Reparando en ella y aparte.)* Una máscara!... ese disfraz... no me engaño, ella es!

*Condesa. (Aparte.)* Que bien le sienta ese traje! El alférez tenía razón, su noble presencia está revelando su ilustre cuna.

*Carlos. (Acercándose á ella.)* Donosa máscara, será temeridad penetrar el misterio de tu disfraz, y me perdonarás si tengo la osadía de conocerte?

*Condesa. (Quitándose la careta.)* Caballero, no creo que sea temerario ni difícil conocer á una persona que no intenta recatarse. Anhelaba veros para daros las gracias por el señalado favor que ayer me hicisteis; porque no ignoro que á vos debo el haberme librado de tan insolente y grosero desman.

*Carlos. Oh! no nos ocupemos ya de eso, señora, fuí harto dichoso en poder daros aquella leve prueba de distinción, y vos me recompensásteis por ello sobradamente con haber permitido llegar mis labios á vuestro guante... Por lo que hace á este bolsillo... á ese dinero... os le agradezco... no le necesito. (La presenta el bolsillo.)*

*Condesa.* Lejos estoy de ignorar que un favor como el que vos me hicisteis, no se paga con dinero, y mucho menos á un hombre como vos; por lo tanto, no me maravilla la delicadeza que os dicta esa repulsa, y en prueba de que siempre fue esa mi opinión respecto de vos, sabed que el oro que habeis hallado en ese bolsillo viene de manos de un alférez recién llegado de Flandes, amigo vuestro, según dice.

*Carlos. (Aparte.)* Ah! sería él.

*Condesa.* Ahora, caballero, dejad que os dé nuevamente las gracias y permitid que me retire.

*Carlos.* Tan pronto! Y no me será dado volveros á ver?

*Condesa.* Es imposible; me veo en la precisión de dejar á Madrid; mi presencia en la corte empieza á no ser ya un arcano, y por lo tanto no me hallo aquí en seguridad.

*Carlos.* Qué peligro os amenaza?

*Condesa.* No puedo decíroslo.

*Carlos.* Perdonad, señora, no es vuestro secreto lo que yo deseaba saber... lo que deseo es que si teneis alguna confianza en mi valor, en mi decisión hácia vos... ah!... aun



sé como decíroslo... no me atrevo á hablaros de ello... pero mi corazon lleva grabada vuestra imagen desde ayer, y daria gustoso mil vidas por vos.

*Condesa.* Por mí, por una desconocida!

*Carlos. (Con tristeza.)* Ah! bien sabeis que vos no lo sois ya para mí. Decis que no podeis continuar en la corte porque en ella no estais segura? Luego os amenaza algun peligro? luego sois desgraciada? Hablad, dispuesto estoy á defenderos, á arrostrarlo todo por veros feliz. Daria mi alma por consolaros, como daré mi vida por defenderos.

*Condesa.* Creo en la sinceridad de vuestras palabras: á vuestra edad se ignora todavia el arte de fingir. Pero vuestra acalorada imaginacion os hace desfigurar la realidad, si bien al propio tiempo la embellece. Soy en efecto desgraciada como vos justamente suponeis, pero quizas agrave mi infortunio la idea de haber sido culpable. La causa principal de mi dolor es el remordimiento; y las lágrimas que mal reprimidas veis anegar mis ojos en este momento son á un tiempo mismo el castigo y la espacion de un delito, de un grave delito, amiguo mio!

*Carlos.* A esa revelacion solo contestaré que el arrepentimiento os absuelve, señora; que el amor es como el fuego que todo lo purifica con su irresistible ardor, y que el que yo siento hácia vos es tan firme y poderoso que espero logre haceros recobrar la tranquilidad que habeis perdido.

*Condesa.* Oh Dios mio! por qué no has permitido que yo hubiese encontrado antes un alma tan noble y generosa!... Vos me habiéseis amado tan solo por mí!

*Carlos.* Qué quereis dar á entender con eso, señora?

*Condesa.* Nada, nada: no es posible hablar en este sitio con franqueza ni libertad. (*Poniéndose la careta.*) Vos ignorais la clase de peligro que me amenaza. —Mañana lo sabreis todo.

*Carlos.* Pero...

*Condesa.* Quereis obligarme á dudar de vuestra sumision?

*Carlos. (De pronto.)* Oh! nunca! nunca! Soy ahora demasiado feliz para no obedecer ciegamente. —Cuándo volveré á veros?

*Condesa.* Mañana á las doce. — Ahora, dejadme... es ne-



cesario que no nos vean por mas tiempo juntos.

*Carlos.* Hasta mañana, no es verdad?

*Condesa.* Hasta mañana. Noble y virtuoso joven.—Tal vez yo debiera evitar su presencia... La voz de la razon me lo aconseja: pero mi corazon me dice tambien que puedo amarle sin riesgo. (*La condesa le hace seña de que se aleje. Carlos vuelve y la contempla en ademan de súplica. Ella le alarga la mano, la cual besa Carlos enagenado, y vase rápidamente.*)

## ESCENA VI.

LA CONDESA. GERTRUDIS, *disfrazada.*

*Gertrudis.* (*Al salir.*) Ah! por fin la hallé. Un tropel de máscaras nos habia separado y temí haberla perdido para toda la noche!... la conozco por el dominó. (*A la condesa.*) Sabéis que me habeis dado un susto terrible? Vamos, os habeis divertido mucho? (*Movimiento de la condesa.*) Yo estoy rendida y fastidiada. Si os parece nos retiraremos porque ya es tarde. En qué estais pensando, Elena? no me respondeis.

*Condesa.* Os habeis equivocado. (*Vase.*)

*Gertrudis.* Calle! no era ella!... Dios mio! Cómo me voy á componer para encontrarla en medio de esa confusion? Todo se vuelve empujones, codazos, y luego... un calor!... Esta maldita careta me tiene sofocada. — Oh! si no hubiese sido porque me pareció haber visto en el salon á mi amo el señor Ordoñez, ya me la hubiese quitado. — Pobre señor! qué lejano estará él de mi venida al baile. (*Siéntase en un taburete.*) Hola! aqui se está muy bien y desde este sitio se puede ver bailar con toda comodidad. (*Quédase mirando hácia el lado opuesto de donde sale Ordoñez.*)

## ESCENA VII.

GERTRUDIS. ORDOÑEZ.

*Ordoñez.* (*Estregándose las manos.*) Vamos, digo que no hay con que pagar la dicha de ser mercader de sederías;



ferreruelos, ropillas, plumas, encajes: todo lo de mejor gusto es sin disputa lo que ha salido de mi tienda. No hay uno de los que han venido al baile que no lo confiese. Estoy que brincaria de alegría!... y ya se ve, como el mayordomo de S. E., el señor Santillana, me ha obsequiado con un jerez... qué puro de linaje y qué seco de caracter era el tal vinillo!

*Gertrudis.* Es una vista deliciosa!... no me cansaria de mirar; pero tengo una sed!... Virgen del Carmen! mi amo!...

*Ordoñez.* (*Volviéndose y reparando en Gertrudis que quiere huir.*) Huis de mi, hermosa dama? (*Deteniéndola.*)

Dejadme admirar esos ojos matadores, esos menudos pies, ese elegante dominó!... Ah! es sumamente vistoso!...

Apuesto á que le habeis tomado en los portales de Guadalajara?

*Gertrudis hace que sí con la cabeza.*

*Ordoñez.* En casa del célebre montañés Ordoñez?

*Gertrudis hace igual movimiento.*

*Ordoñez.* (*Aparte.*) No lo decia? — Decididamente mi casa es la que lleva la moda. — Ea, el sombrero de medio lado, y lancémonos como en mis verdes años. (*Alto.*) Hermosa encubierta... (*Acercándose y besándola la mano.*)

*Gertrudis.* (*Disfrazando la voz y queriendo desasirse de él.*) Dejadme!...

*Ordoñez.* Teneis un eco de voz tan blando y agradable que llega al alma, un talle que revela una ninfa del Betis... (*Aparte.*) Apuesto á que es gaditana!

*Gertrudis.* (*Aparte.*) Miren el viejo metido á galanteador!

*Ordoñez.* Otorgadme la merced de quitaros la careta un solo instante, para que pueda admirar de cerca ese divino rostro... (*Acercándose á ver si puede traslucir alguna de sus facciones por debajo de la careta.*)

*Gertrudis.* Puf! Quitad allá, apestais á licor...

*Ordoñez.* (*Aparte.*) Entiende de licores... entonces es inglesa por fuerza. (*Alto.*) No hay sacrificio que no esté dispuesto á hacer por agradaros; no beberé mas, hija divina del nebuloso Albion. Pero... (*Hace una nueva tentativa para levantar la careta á Gertrudis.*)

*Gertrudis.* Ea, dejadme y traedme algun refresco, si quereis complacerme.

*Ordoñez.* (*Corriendo.*) Ah! en el acto... un vaso de agua de limon?



*Gertrudis.* Una naranja...

*Ordoñez.* Naranja!... (*Aparte.*) ah! pues es valenciana. (*Alto.*) Vuelvo al instante. (*Vase.*)

*Gertrudis.* Al instante! —Pobre hombre! cualquiera diria que tiene veinte años al ver la diligencia que emplea en servir á una dama. Fiarse luego en las edades!... Ah! los hombres son lo mismo á los veinte años que á los cincuenta!... es género que no puede empeorar...

*Ordoñez.* (*Que vuelve á salir con una salvilla, en la que trae un frasco de jerez y una copa.*) Perdonad si es esto lo único que os traigo; habeis recurrido demasiado tarde... y aun me veria privado del gusto de haceros este ligero obsequio sin la bondad de un mi amigo, mayor-domo del marques...

*Gertrudis.* Qué bebida es esa?

*Ordoñez.* Una bebida muy fresca.—Jerez seco.

*Gertrudis.* Jerez!

*Ordoñez.* Es un tónico excelente... estareis acalorada con el baile, y los helados os cortarian la respiracion. Bebed. (*La echa de beber.*)

*Gertrudis.* Bien está; pero no haré mas que probarlo. (*Bebe y dice en seguida alargando la copa.*) Teniais razon; es muy fresco. (*Ordoñez presenta la salvilla para cojer la copa, pero ella la retira y se la presenta para que la llene de nuevo.*)

*Ordoñez.* (*Admirado.*) Otra! (*La echa de beber.*)

*Gertrudis.* Me abraso de calor. (*Bebe y le presenta otra vez la copa.*)

*Ordoñez.* Mas? (*Aparte echándola de beber.*) Pero señor... debe de ser gallega... bebe como un mozo de cordel. (*Coloca el frasco en la salvilla.*)

*Gertrudis.* Sabeis que en mi entender obrariais con mas cordura en quedaros guardando vuestra casa que en venir al baile, maese Ordoñez?

*Ordoñez.* Conque me conocéis, hermosa dama. (*Aparte.*) Será paisana mia... montañesa!

*Gertrudis.* Mientras pasais aqui la noche haciendo el calavera, os esponeis á que os roben la tienda.

*Ordoñez.* Oh! no hay miedo, la casa queda bien guardada; estan alli mi sobrino Carlos, mozo que no teme ni debe, y mi criada Gertrudis, la muger mas pacífica y sossegada...



*Gertrudis. (Interrumpiéndole.)* Ah! oigo que empiezan á tocar otra zarabanda... dadme la mano.

*Ordoñez.* Vaya , ahora se la ocurre bailar! (*A Gertrudis que le lleva casi arrastrando.*) Eh! no tireis tan fuerte! allá voy! allá voy! (*Caesele á este tiempo á Gertrudis la careta y se desmaya dando un grito.*) Qué es lo que veo? *Gertrudis!... ah!... socorro!... socorro!... Hola! venid!... (Echándola aire con el sombrero.)* Malvada *Gertrudis!... Socorro!*

### ESCENA VIII.

DICHOS. CARLOS.

*Carlos. (Corriendo.)* Quién pide socorro?

*Ordoñez.* Yo! Misericordia! Carlos tambien!

*Carlos (Echando á correr.)* Mi tío! guarda Pablo... (*Vase corriendo.*)

*Ordoñez. (Corriendo detras de él.)* Carlos! picaro! ya me las pagarás todas juntas.—Y lo que es esta otra buena alhaja... (*Gertrudis se habrá aprovechado del momento en que Ordoñez perseguía á Carlos para escaparse tambien.*) desapareció tambien.—Pero señor , yo pierdo la cabeza... estoy maleficiado... oh! voy corriendo. (*Al tiempo de salir es detenido por Acevedo.*)

### ESCENA IX.

ORDOÑEZ. ACEVEDO.

*Ordoñez. (Aparte.)* Eso es; no me faltaba mas que este diablo de hombre ahora. (*Intenta marcharse.*)

*Acevedo. (Deteniéndole.)* Una palabra...

*Ordoñez.* No tengo tiempo...

*Acevedo.* Es preciso que me escuchéis. Esta mañana me dijisteis que el joven á quien llamais Carlos Ordoñez era sobrino vuestro: voy á probaros lo contrario.

*Ordoñez.* No os entiendo.

*Acevedo.* Ahora me entenderéis: habrá unos doce años, en la noche del 13 de octubre, cierto pacífico habitante de Cadiz armado de su linterna, pasaba por una de las tortuosas callejuelas inmediatas al muelle; oyó pedir socorro



con voz debil á pocos pasos y se dirigió hácia el sitio de donde salia la voz. A la escasa luz de su linterna vió un hombre cosido á puñaladas, bañado en su sangre, y quiso socorrerle; pero el herido no le dió tiempo para ello, y presentándole un paquete cerrado: «Acaban de herirme alevosamente, le dijo, para arrebatarme un niño confiado á mi guarda. En nombre de la religion y del honor haced por salvarle. Corred al muelle y alcanzadlos: ahí os entrego, esos papeles que le conciernen y son de la mayor importancia. Guardadlos vos, á fin de que los raptos no los hallen si vienen á registrarme. Dadme ahora vuestra palabra de que hareis lo que os encargo, y decidme vuestro nombre.»—El hombre prometió, dió su nombre y se lanzó en busca del niño.

*Ordoñez.* Y el herido?

*Accevedo.* Soy yo... el hombre que acudió á socorrerme sois vos... y el niño es Carlos.

*Ordoñez.* Yo no entiendo lo que quereis decirme, no os conozco; Carlos es mi sobrino, el hijo de mi hermano. (*Hace ademán de marcharse.*)

*Accevedo.* No hay mas que una dificultad para eso: esta carta de vuestro mismo hermano, del capitan D. Gerónimo Ordoñez, en la cual declara que el niño le fue entregado hará doce años por unos hombres enmascarados al poner el pie en su navio, y que tuvo que entregáosle en aquella misma noche, conmovido por vuestras súplicas, ó mejor dicho, aterrado por vuestras amenazas de publicar el soborno. (*Enseñándole la carta.*) Veremos si al ver esta carta os atreveis tambien á decir que no conoceis la letra.

*Ordoñez.* Si, es de mi hermano!

*Accevedo.* Y para mayor prueba el sello del almirantazgo.

*Ordoñez.* Bien está, caballero, convengo en todo lo que habeis dicho, pues es la verdad; pero no lo es menos que quiero entrañablemente á Carlos, que yo le he educado, y que estoy decidido á no separarme de él. Si me le hubierais exijido cuando niño no me hubiera quejado; pero ahora me he acostumbrado á mirarle como hijo. Elena le ama, y en pago de haberle sacado de la miseria solo le pido que acepte las riquezas y la mano de mi hija. Ya veis que Carlos no puede llamarse huérfano, porque ha encontrado padre y familia.



*Acevedo.* Siento deciros que ese enlace es imposible.

*Ordoñez.* Entonces no esperéis arrebatarme á mi sobrino.

*Acevedo.* No es Carlos lo que vengo á pedirlos; es ya un hombre y su voluntad es libre: lo que de vos exijo son los papeles que os entregué.

*Ordoñez.* Os los devolveré al otro día del casamiento de Carlos y Elena.

*Acevedo.* (*Viendo venir á Carlos.*) Aquí viene.

*Ordoñez.* Con una muger!

*Acevedo.* Juradme que me los devolveréis, ó lo revelaré todo delante de él y de los que vienen hácia aquí.

*Ordoñez.* Silencio! Si decís una palabra del asunto, rasgaré los papeles antes que devolverlos.

### ESCENA X.

DICHOS. CARLOS. ELENA *con careta.* Poco despues EL CONDE.  
VARIAS MÁSCARAS.

*Carlos.* (*Siguiendo á Elena que intenta escabullirse entre las máscaras.*) Por qué huis de mí, señora? Hace poco escuchabais con tal bondad mis palabras!...

*Acevedo.* (*Aparte.*) La Condesa! Qué tendrán que decirse?

*Conde.* No hay duda; ese es el disfráz de que me han hablado: ella debe ser!

*Carlos.* Por piedad, señora, os lo suplico; volveos á coger de mi brazo. (*Coge del brazo á Elena, que se apoya en él con sobresalto y turbación.*)

*Conde.* Señora, dejad á ese hombre y seguidme. (*Se dirige á Elena y la coge por el otro brazo.*)

*Carlos.* (*Encarándose con él.*) Esta dama me ha dispensado la honra de aceptar mi brazo: guardaos de tocarla.

*Acevedo y Ordoñez.* Carlos! (*Queriendo interponerse.*)

*Carlos.* (*Rechazándoles.*) Dejadme! Y vos, caballero, abrid paso.

*Conde.* Mucha insolencia es la vuestra en venir á disputarme el brazo de mi muger.

*Todos excepto Acevedo.* Su muger!

*Conde.* Contestad vos, señora, y decidles si miento.—Os obstinais en vuestro silencio?... muy equivocada estais si creéis que esa careta os pone al abrigo de mi autoridad. (*Arrancando la careta á Elena que cae casi desfallecida en los brazos de su padre.*)



*Todos.* Elena!

*Ordoñez.* Buena andará mi casa...

*Carlos.* (*Lanzándose al Duque.*) Ahora el insolente sois vos y me habeis de dar satisfacion de este insulto.

*Conde.* Facil me seria disculparme de un error de que ese hombre tan solo tiene la culpa (*Señalando á Acevedo*); pero vuestra necia arrogancia me dispensa de gastar el tiempo en eso.—Por lo que hace á daros satisfacion del insulto, veo la cosa algo dificil, seor mancebo, soy conde y vos comerciante.

*Carlos.* Mentís; soy hidalgo y caballero.

*Conde.* Vos?

*Acevedo.* Sí, y mas hidalgo y caballero que vos, señor conde.

*Conde.* Ah! y cuál es el título del ilustre mercader?

*Acevedo.* Mañana os le diré.

*Carlos.* Mañana á las seis en el prado de S. Geronimo.

*Conde.* Bien; pero me resta una duda; cuales serán vuestras armas, la vara de medir ó la espada.

*Carlos.* Llevaré las dos á fin de apalearos como á un villano con la una si os veo palidecer delante de la otra.

FIN DEL ACTO II.





## Acto tercero.

Un cuarto de posada amueblado segun el gusto de la época. Ventana á la derecha. Puerta grande al foro: otra mas pequeña á la izquierda: mesa y sillas.

### ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA. UNA DONCELLA.

*Condesa.* (Muy agitada y entregando á la doncella, que la sigue disfrazada tambien, su careta y dominó.) Preguntaste si habia llegado algun viagero á esta posada mientras hemos estado en el baile?

*Doncella.* Sí, señora Condesa; me han respondido que nadie ha llegado esta noche.

*Condesa.* Bien está; haz que esté todo dispuesto para ponernos en camino mañana mismo; saldremos á las seis.

*Doncella.* Corro á decírselo al señor Nuño vuestro escudero.

*Condesa.* El Conde aqui! Dios mio! que susto he pasado al encontrarle en el baile! Plegue al cielo que pueda huir de él antes de que logre averiguar mi paradero! No tengo que perder tiempo: en cuanto raye el dia nos pondremos en camino.—Pero y he de alejarme sin volver á ver á ese joven, cuyas gratas palabras empezaban á amortiguar mis penas, cuyo cariñoso afecto me hacia olvidar mis pasadas desgracias! Desventurado! Mañana despues de esperarme inutilmente en la cita, me maldecirá tal vez porque creará que le he engañado, que me he burlado de su amor... Oh! no, quiero que sepa la verdad. (Siéntase á la mesa y escribe.) «No puedo aguardaros,



Carlos ; una persona de quien lo debo temer todo me persigue, y por ella me veo obligada á ponerme en camino inmediatamente. Cruel es esta separacion para la que os ama; porque fuerza es decirlo ya, os amo, Carlos mas de lo que vos os podeis imaginar, y el recuerdo de vuestro amor es la única felicidad que tal vez me reserva el cielo.—Adios! Pensad alguna vez en la que nunca os olvidará!...» Esta carta templará algun tanto su dolor por tan repentina separacion. (*Acércase á un tocador sencillo que habrá á un lado de la escena, y empieza á quitarse los adornos de la cabeza. Carlos salta por la ventana.*)

## ESCENA II.

CARLOS. LA CONDESA.

*Condesa.* Cielos! Un hombre aqui!

*Carlos.* No llameis, señora; soy yo.

*Condesa.* Vos á estas horas!

*Carlos.* Sí, deseaba veros, señora, y no pudiendo entrar en vuestra estancia á tales horas sin comprometeros, he elegido este camino.

*Condesa.* Ah! caballero!

*Carlos.* (*Con tristeza.*) Perdonadme, señora!

*Condesa.* (*Pausadamente.*) Esta entrevista, que para mí era la última, solo debia verificarse mañana, y me habeis alligido cruelmente al veros entrar de ese modo por la noche en mi estancia, cual pudierais hacerlo en casa de una muger perdida.

*Carlos.* Llorais!

*Condesa.* Sí, porque es cruel haber de renunciar á la idea de que existia un hombre con cuyo respeto y consideracion podia contar.

*Carlos.* Señora...

*Condesa.* Yo debí recordar que siempre sucede así. He sido la mas imprudente; pero harto castigada me veo por ello... mañana estaré deshonrada...

*Carlos.* Ocasionar yo vuestra deshonra, señora!... yo que daria por vos mi vida... ah! no creais que mi presencia aqui es sin motivo... venia á daros mi postrer adios.

*Condesa.* Qué decís?



*Carlos.* Venia á deciros: Mañana, sí, tal vez mañana me llamareis y no podré hallarme á vuestro lado... cuando desearia no apartarme nunca de él!... pero tened entendido que si os dejo sola y espuesta á los peligros que os amenazan, no será por culpa mia; no será porque infiel á mi juramento olvide vuestro amor; será porque habré cesado de existir, pues solo así podia yo renunciar á la dicha de veros, al honor de defenderos.

*Condesa.* (De pronto.) Teneis algun desafio?

*Carlos.* Dentro de dos horas.

*Condesa.* Y con quién?

*Carlos.* Con un hombre que me ha insultado en el baile, y ha tenido la audacia de arrancar la careta á una dama disfrazada con un traje igual al vuestro, á la cual llevaba yo del brazo creyendo que erais vos.—El miserable se engañó tambien y el ultraje ha sido á vuestro nombre. Esta es la razon porque he venido, señora: ahora que os he visto, me retiro contento, llevando conmigo la esperanza de que no negareis vuestro perdon al que quizás va á morir en breve con vuestro nombre en los lábios y vuestra imagen en el corazon. Quedad con Dios, señora.

*Condesa.* Deteneos, Carlos, y prometedme que ese desafio no tendrá efecto.

*Carlos.* Es imposible, señora; nos hemos retado delante de un gran número de concurrentes al baile, y me importa no pasar por cobarde. Mas no temais; os juro que sabré defender mi vida... con una condicion.

*Condesa.*Cuál?

*Carlos.* La de que habeis de seguirme si salgo vencedor.

*Condesa.* Seguiros! oh, nunca! no quiero cometer un nuevo yerro, del cual recaeria sobre vos una gran parte...

Vos no sabeis lo que son remordimientos, Carlos!

*Carlos.* Está bien, señora, no os molestaré mas.

*Condesa.* Pero no ireis á ese duelo?

*Carlos.* Iré... para morir en él!

*Condesa.* Para morir!

*Carlos.* Sí; porque soy el mas desventurado de los hombres... mi existencia, no há mucho tranquila y resignada, es en el dia un martirio: la duda se ha apoderado de mi pensamiento... habia echado al olvido lo pasado y colocado en vos mi porvenir; pero acabais de destruirle tambien en este instante: no me amais.



*Condesa.* No os amo? Acaso puedo negarlo!... Os amo, sí, mas no con esa pasión ardiente é impetuosa que vos me demostrais, sino con un cariño apacible, con un afecto puro y tranquilo; — porque quiero confesároslo todo, vuestra presencia, si bien es para mí un grato recuerdo, es las mas veces la aparición de un fantasma!

*Carlos.* Gran Dios!

*Condesa.* La aparición de un ser inocente y malogrado á quien he perdido para siempre... todo en vos me le recuerda... sí... todo... hasta el metal de vuestra voz... Cuando os habeis presentado delante de mí de un modo tan repentino, me he estremecido involuntariamente al miraros; porque á despecho mio conozco que sin poder explicarlo os temo al propio tiempo que os amo.

*Carlos.* Cesad entonces de temer; porque no quiero que mi presencia sea para vos causa de una desgracia mas en la vida... Ignoro qué yerros son esos de que os acusais; mas tampoco deseo averiguarlos: qué me importan á mí los arcanos de vuestra familia? Os he dicho que moriria gustoso por vos: pronto estoy sin embargo á defender mi vida con denuedo, pues deseais que viva. Viviré cerca ó lejos de vos, segun vuestro albedrio; y plegue al cielo que mi afecto y rendimiento logren disipar vuestros pesares! Permitidme ahora que bese vuestros pies y me retire.

*Condesa.* Oh! levantaos, Carlos, yo soy mas bien la que debia echarse á los vuestros.

*Carlos.* Aceptais, señora el juramento que os hago de vivir ó morir por vos?

*Condesa.* Cómo pudiera no aceptarle. (*Dándole la mano á besar.*) Sois mi mejor y mas noble amigo!

*Conde.* (*Dentro.*) Abrid, condesa, abrid.

*Carlos.* Esa voz...

*Condesa.* Es la del conde.

*Carlos.* Del conde, sí, eso es.

*Condesa.* De mi marido.

*Carlos.* ¡Vuestro marido habeis dicho, señora! Ah! sabed que es él, ese hombre es el que me ha insultado!

*Condesa.* Ah! huid, huid! Vos no querreis perderme!

*Conde.* Abris, condesa?

*Carlos.* Huir delante de él! nunca!

*Condesa.* (*Mirando al gabinete y señalándole con la mano.*)

Ah!



*Carlos.* Ahí! sí, decís bien; así podré velar por vos.

### ESCENA III.

LA CONDESA. EL CONDE.

*Condesa.* (*Entrando violentamente y mirando á todos lados.*) Muy remisa habeis andado en abrir esa puerta, señora...

*Condesa.* Mi aposento está bastante retirado y con las puertas cerradas no habia oido...

*Conde.* Hubiera jurado sin embargo que no estabais sola.... me ha parecido oir la voz de dos personas que conversaban en esta sala.

*Condesa.* Acabo de dar algunas órdenes á mi doncella y tal vez...

*Conde.* A las cuatro de la mañana!... estraña hora por cierto! Verdad es que al volver (*Señalando á la careta que está sobre la mesa.*) de un baile, se viene muy rendida, y siempre hay algun encargo que hacer... Dijéronme á mi llegada á Valencia, que habiais salido de aquella ciudad con direccion á la corte para entregaros al mas austero recogimiento... Paréceme que habeis encontrado el medio de alegrar vuestra soledad... Habreis ido al baile por espíritu de penitencia, no es esto?

*Condesa.* Señor conde... he concurrido al baile para cerciorarme de vuestra venida á Madrid, y héme retirado de él inmediatamente para hacer los preparativos de mi marcha.

*Conde.* Luego persistís en huir de mí? Yo tengo la desgracia de ser mas consecuente que vos, y quiero advertiros que estoy resuelto á no ceder de mi derecho. Vos habeis venido á la corte huyendo de mí; yo he venido buscándoos.

*Condesa.* Y dónde intentais llevarme?

*Conde.* A Valencia nuevamente.

*Condesa.* (*Retirando la mano.*) No espereis que vaya.

*Conde.* No ireis?

*Condesa.* No... Estoy causada de ser vuestra víctima, el instrumento de todas vuestras maquinaciones... He tenido durante mucho tiempo un juicio equivocado de vos; pero ahora os conozco perfectamente. Vos sois la causa de todas mis desgracias. Os casásteis conmigo por ambi-



cion, por interés únicamente... porque despues de los grandes de España, y títulos de Castilla, era yo la primera dama de la nobleza que rodea el trono del rey D. Felipe III, y mi casa la mas rica de Flandes... por eso únicamente, pues sois incapaz de abrigar sentimiento humano.

*Conde.* Muy mal os sienta esa indignacion á vos que habeis sido cómplice en mi delito, pues sabiéndole habeis callado; á vos, señora, que si no me engaña la memoria, habeis sido hermana desnaturalizada é hija rebelde.

*Condesa.* (*Mirando al gabinete.*) ¡Callad, por Dios, callad!

*Conde.* Por qué? acaso no podemos hablar entre nosotros francamente? ambos nos conocemos harto bien.

*Condesa.* Sí, teneis razon; mas que por la iglesia estamos enlazados por el crimen; há largo tiempo que vos mancebasteis mi honor juntamente con el vuestro; he sido cómplice de vuestro delito porque le descubrí cuando era ya vuestra muger, y el daño era irreparable; he sido hija rebelde porque con la mas vil hipocresia supisteis ganarnos mi corazon, logrando que desoyera los sábios consejos de mi madre... Pero es llegado el dia de sacudir tan infame yugo, y vuestra esclava alza por fin la frente, se niega á obedeceros.

*Conde.* Si mis súplicas no bastan, os recordaré, señora, que tengo derecho de mandaros.

*Condesa.* Y yo, señor conde, os recordaré tambien, si llega ese caso, que un aventurero puede llegar á ser esposo de una dama flamenca, pero jamas su amo.

*Conde.* Confieso que no me esperaba tan tenaz resistencia de vuestra parte, si bien era de adivinar. Al entrar aqui me asaltaron ciertas sospechas que vos realizais ahora, y por las cuales comprendo la causa de vuestra inesperada rebeldia. Me engañais, señora.

*Condesa.* Qué decís?

*Conde.* Por eso es por lo que habeis salido de Valencia; por eso habeis venido á la corte y os ocultais en ella hace dos meses; por eso queriais huir en cuanto os habeis cerciorado de mi llegada. — Para quién era esa carta?

*Condesa.* (*Aparte.*) Dios mio!

*Conde.* Esa carta que ahora quereis ocultar de mi vista; dádme la: os negais? quiero verla y de grado ó por fuerza la veré. (*La quita la carta.*)



*Condesa. (Con acento desesperado.) Ah!*

ESCENA IV.

DICHOS. CARLOS.

*Carlos. (Saliendo de pronto del gabinete.)* Señor conde, sois un miserable!

*Condesa.* Qué haceis?

*Carlos.* Quiero ver que cara pone delante de un hombre el que osa violentar á una muger. Si son, caballero, esas las hazañas que os han valido en Flandes el renombre de valiente, debo preveniros que en España necesitais hacernos ver otras para conservarle. Nuestro desafio debia verificarse á las seis; salgamos pronto y me ahorrareis una hora de impaciencia; en la calle os aguardo.

*Conde.* Por quién me habeis tomado, buen hombre: á esta hora solo los rufianes ó los enamorados riñen. Me hallo muy bien en mi casa, y como os veo en ella, quiero preguntaros por qué singular acaso os encontráis á tales horas en la estancia de mi esposa.—Ah! entiendo; aguardabais el disfraz de la condesa para volverle á la tienda? Bien está.

*Carlos. (Con impetuosidad.)* Caballero!

*Conde.* Qué ibais á decir? que habeis entrado aquí con el consentimiento de esta señora. No es creible que una condesa haga tal distincion de un mercader, y presumo que no me desmentirá cuando me oiga decir á las gentes de esta posada al ponerlos en sus manos, que os he sorprendido en este aposento queriendo apoderaros de esas alhajas.

*Carlos. (Sacando la espada.)* Ya es harta insolencia: defendeos.

*Conde.* No esperéis que os haga el honor de medir con vos las armas. Hola!... Nuño... Criados... acudid todos.

ESCENA V.

DICHOS. ACEVEDO.

*Acevedo. (Presentándose.)* Qué se ofrece, caballero?

*Carlos.* Mi amigo!



*Acevedo.* En qué puedo complacer al señor conde?

*Conde.* Qué veo? es un lazo?...

*Acevedo.* Así me lo he temido, y por eso me teneis aquí.

No me pillas de nuevas; sé que sois versado en la materia.

*Conde.* Favor! socorro! (*Encaminándose hácia la puerta del foro.*)

*Acevedo.* Poco á poco, señor mio: no hay que gritar ni moverse de este sitio. (*El conde se detiene.*) Hablemos aquí en paz y en gracia de Dios como buenos amigos.—De qué se trata?

*Carlos.* El señor se niega á salir al campo conmigo, y quiere mandar que me prendan como ladrón.

*Acevedo.* Como ladrón? aquí no hay mas ladrón que este caballero.

*Conde.* Qué osais decir?

*Acevedo.* Sí señor, vos; y ahí teneis al que habeis robado!

*Carlos.* A mí?

*Acevedo.* Le habeis robado su herencia, su título!

*Condesa.* Su título?

*Acevedo.* Y hasta la espada de su padre, nada mas que eso...

Oh! y teniais razón... ya que se ponga uno á hacer las cosas, es preciso hacerlas bien. La desgracia es que muchas veces hay que volver lo que se ha usurpado; tomad vos desde ahora vuestro título y nombre... Guillermo de Namur, conde de Over-issel.

*Carlos.* (*Atónito.*) Yo!

*Condesa.* Mi hermano! es mi hermano!

*Carlos.* Cielos! temo que tanta alegría me va á quitar la vida! Vos mi hermana!

*Acevedo.* (*Quitándole el sombrero al conde.*) Y ahora, señor mio, saludad al jefe de vuestra familia.

*Conde.* Insolente! quién eres tú que te atreves á hablarme de ese modo?

*Acevedo.* No tengo inconveniente en deciros mi nombre, así como no le he tenido para deciros el suyo. Soy el alférez Fernando Acevedo.

*Conde y Condesa.* Acevedo!

*Acevedo.* Sí, á quien vos mandasteis asesinar; y si todavía dudais de ello, os haré ver las cicatrices de las heridas que me hicieron los hombres pagados por vos. Habeis caído en el garlito, señor capitán; os hice creer que yo habia sido uno de los agresores cuando por el contrario habia si-



do la víctima. No es verdad que es cosa chistosa ver un muerto que resucita para ganar á su matador cuarenta ducados al hombre?

*Conde.* Eres un impostor, y esa historia una fábula inverosímil que no puedes probar.

*Acevedo.* En cuanto á lo inverosímil, aquí está mi cuerpo que responderá de ello; por lo que hace á las pruebas ya es otra cosa: todas ellas estan en mi poder; Elena me las ha entregado.

*Carlos.* Elena!

*Acevedo.* Sí, pobre joven! si supierais con qué ardor se ha adelantado á su anciano padre!... con qué alegría me ha entregado estos papeles. (*Saca unos papeles de la ropilla.*) He aquí las pruebas que exige el conde; para mí son irrecusables, y no dudo que el rey y los tribunales sean de la misma opinion.

*Condesa.* Y si esas pruebas no bastasen, añadiría yo á ellas mi testimonio.

*Acevedo y el Conde.* Vuestro testimonio!

*Condesa.* Sí, revelaría la verdad: diría que el capitán Don Diego de Requesens hizo desaparecer á mi hermano, niño aun, para que de ese modo quedase yo por única heredera del título y riquezas de la casa de Over-issel.

*Conde.* Olvidais, señora, que no podeis acusarme sin delataros vos misma?

*Condesa.* No, porque solo despues de casada he sido sabedora de vuestro crimen, y si he callado, fue porque me hicisteis creer que mi hermano habia muerto: bien sabéis ademas que solo os prometí guardar silencio en trueque de la promesa que me hicisteis de ser desde aquel dia un extraño para mí; pero ahora que mi hermano existe, nada me detendrá para reconocerle como legítimo heredero de los condes de Over-issel; y cuando ponga el pie en el palacio de sus antepasados, me postraré ante él para jurarle obediencia, como lo hago ahora para pedirle perdon.

*Carlos.* Hermana mia!

*Condesa.* Guillermo! ah! bien me anunciaba el corazon que debía amarte.

*Acevedo.* (*A Carlos entregándole los papeles.*) Vamos, señor, la fortuna se pronuncia en favor nuestro; marchemos.



*Conde.* Sí, alejaos; pero yo os seguiré: yo tambien tengo algo que publicar; vuestra deshonra... *Todos.* Deshonra!

*Conde.* Condesa, os olvidabais de esta carta, de esta carta amorosa dirigida á Carlos Ordoñez, que ahora os place titular conde de Over-issel y hermano vuestro?... Oh! ya veis que yo tambien tengo pruebas. Ahora veremos como lograis estorbar que el escudo de la casa de Over-issel sea manchado con el feo borron del incesto.

*Acevedo.* *(Yendo furioso hácia él.)* Arrancando de vuestras manos esa prueba de una infame calumnia.

*Carlos.* *(Deteniéndole.)* Acevedo?

*Acevedo.* Dejadme; es preciso valernos de los mismos medios que él se vale.

*Carlos.* *(Idem.)* Os suplico, y si esto no basta os mando, que me dejéis arreglar á mí solo este asunto. *(Acércase al conde y le dice en voz baja.)* Esa carta de que queréis abusar para deshonrar vilmente á una familia que es la vuestra, ha de quedar ahora mismo en mi poder á cualquier costa: qué condiciones poneis para su adquisicion?

*Conde.* *(Señalando á los papeles que entregó Acevedo á Carlos.)* Quiero trocarla por esos papeles.

*Carlos.* Por estos papeles!... ah! Bien sabeis que de ellos dependen mi porvenir, mi clase, mis riquezas... es un despojo infame!... pero adivino en vuestro semblante que sereis implacable y tiemblo ante la idea del oprobio; aun cuando mi conciencia me dice que no soy acreedor á él; dadme esa carta. *(Le alarga los papeles, el conde los toma y le entrega la carta.)*

*Condesa.* Qué haceis?

*Carlos.* *(Rasgando la carta.)* Salvaros, hermana mia. Caballero, desde este momento no soy ya para el mundo mas que Carlos Ordoñez, el mercader flamenco; pero para vos soy y continuaré siendo Guillelmo de Namur, no lo olvideis nunca. Continuad usando mi nombre, que para vos es una salvaguardia desde hoy en adelante... Seguid usando de él sin deshonrarle, porque os costaria la vida; yo iré como el primero de mis antepasados á crear-me otro con la espada. Ya que no me es dado honrarme con el apellido de mi padre, moriré al menos con la conciencia de ser digno de él.

*Acevedo.* Y llevareis vuestro título, noble joven. *(Al Conde.)*



Señor capitán, veo que para haber guerreado en Flandes no pecáis por muy avisado; si he permitido á este joven jugar con vos es porque estaba seguro de que no arriesgaba nada en el partido.

*Conde.* Cómo?

*Acevedo.* Esos papeles que tan bien agarrados teneis por temor de que se os escapen... son veraces, exactos; pero son... una copia. Acordéme del tropiezo de Cadiz y tomé mis precauciones. Los documentos originales estan á buen recaudo: ya veis que no he perdido el tiempo.

*Conde. (Aparte.)* No me queda mas recurso que la fuga. *(Alto.)* Pues bien, corro yo mismo á echarme á los pies del rey; pronto me vereis vengado. *(Dirijese á la puerta del foro, la cual abre. Al mismo tiempo se presenta en la puerta un alguacil seguido de corchetes.)*

*Alguacil.* Señor D. Diego de Requesens, conde de Over-issel, en nombre del rey daos á prision.

*Conde. (Aparte.)* Soy perdido.

*Acevedo.* Corramos é ver al rey, amigos míos; vos *(á Carlos)* para hacer constar vuestros derechos; y vos, señora condesa, para suplicarle haga intervenir su influjo con la corte de Roma, á fin de alcanzar un divorcio que anule mi enlace. Señor, *(A Carlos.)* vuestra madre os espera.

*Carlos.* Mi madre! Sí, la llevaremos todos sus hijos... mi hermana... Elena...

*Acevedo.* Elena!

*Condesa.* Vuestra esposa, no es verdad?

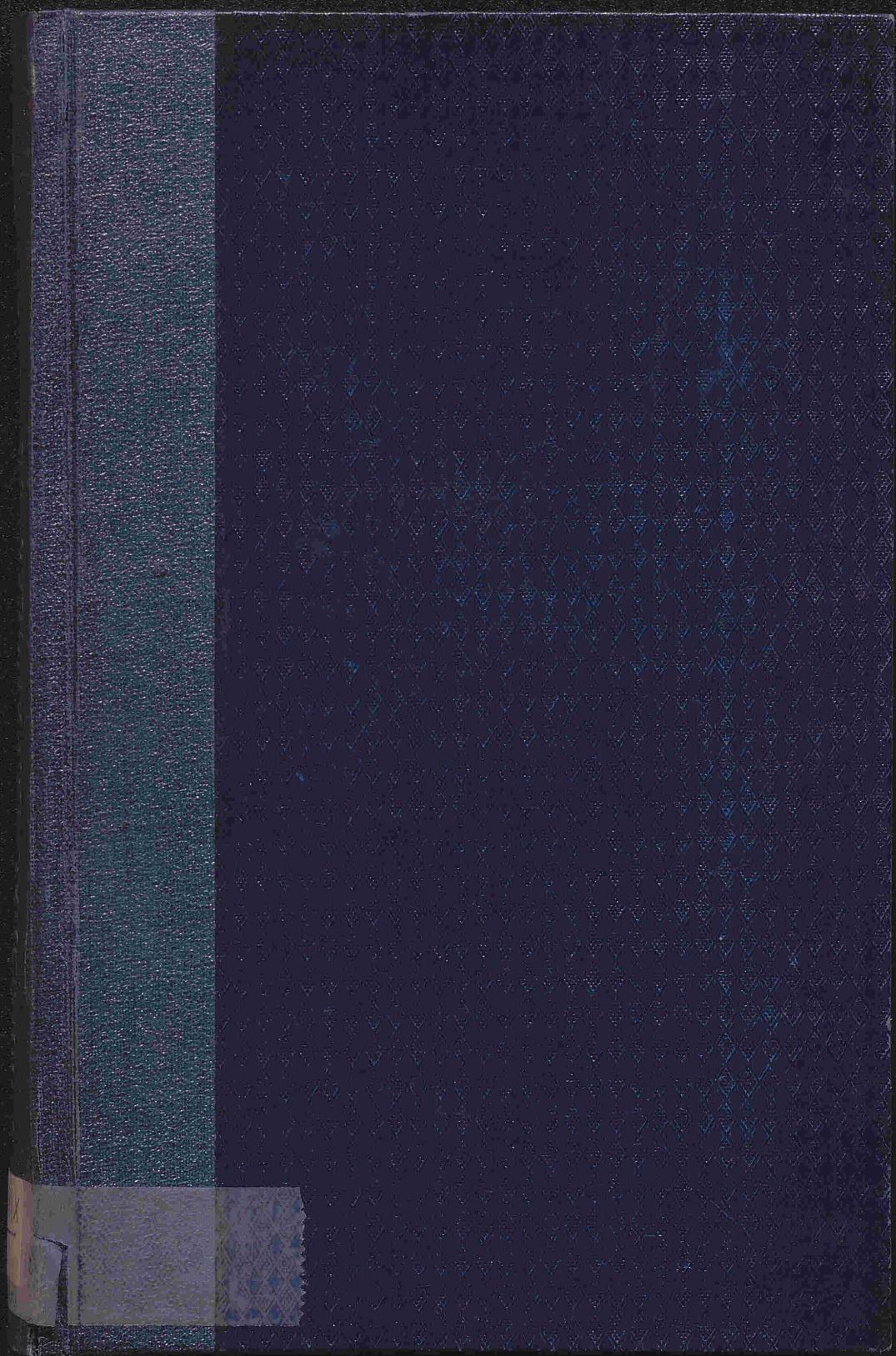
*Carlos.* Sí, hermana mía. Elena será mañana duquesa de Over-issel.

FIN DE LA COMEDIA.













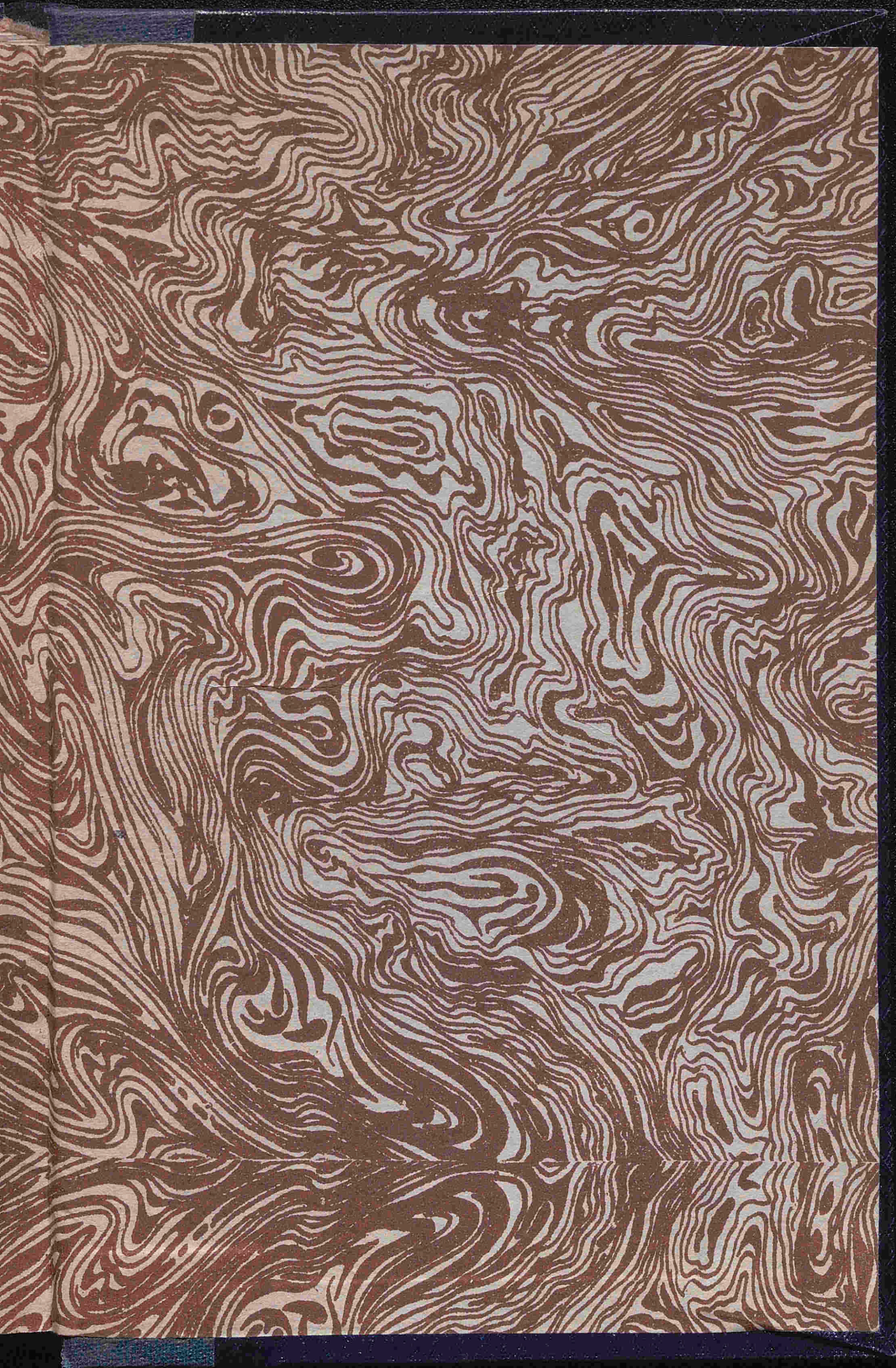




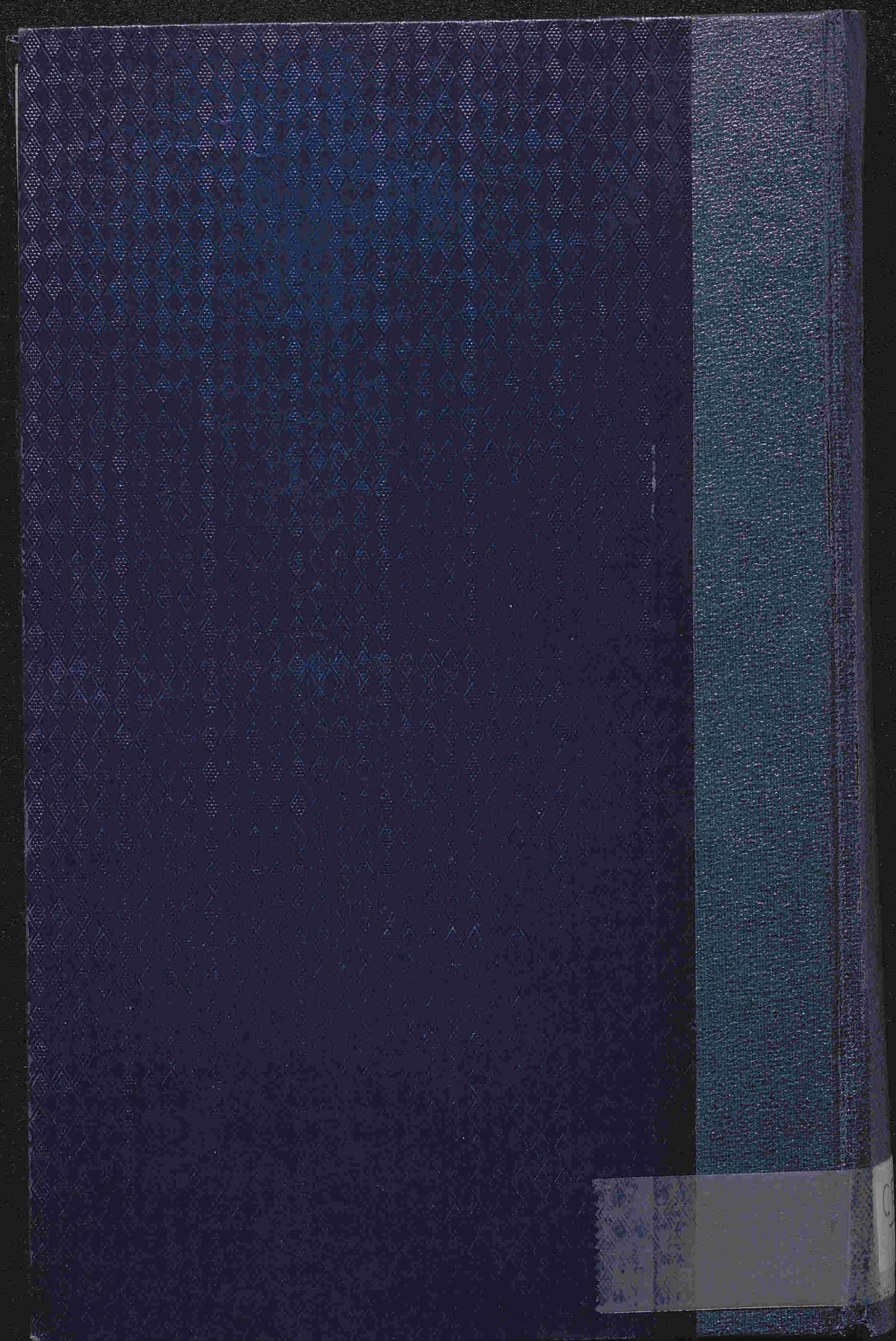














COMEDIAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX

CES-XIX